



## JOVELLANOS: UN ILUSTRADO ANTE SU PAISAJE ASTURIANO

### JOVELLANOS: AN ILLUSTRATED BEFORE ITS ASTURIAN LANDSCAPE

XULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ  
Miembro numerario del RIDEA

**RESUMEN:** *En el presente artículo se trata de rastrear los escritos de Jovellanos (Diarios, Cartas, Informes [...], sobre todo), para descubrir un poco más el paisaje que él contemplaba en sus idas y venidas a pie, en caballo o en carruaje, por los caminos asturianos entre el mar y la meseta castellana; la mirada de un viajero especial, con el prisma, la lupa y el color que él guardaba en su retina como asturiano y como ilustrado; la lectura de unos paisajes, siempre más o menos montañosos, pero con la óptica de un renovador revolucionario a su modo y para su tiempo institucional, en su contexto histórico. En definitiva, se trata de descubrir un poco más el paisaje interior y el paisaje exterior que traduce Jovellanos a sus escritos: un producto de pasado, presente y perspectiva, sin estrenar en tantos casos, aún en el milenio vigente.*

**PALABRAS CLAVE:** *Jovellanos, Ilustración, perspectiva, renovación, puesta en valor, paisaje interior, paisaje exterior, educación, etnopaísaje, etnolingüística, asturiano, léxico, toponimia.*

**ABSTRACT:** *The object of this article is to track the writings of Jovellanos (especially, diaries, letters, reports ...), in order to discover a little more the landscape that he contemplated in his walks on foot, horse or carriage along the Asturian roads between the sea and the Castilian plains; the look of a special traveler, with the prism, the magnifying glass and the color that he kept in his retina as the Asturian and the illustrated man he was; the reading of landscapes, always more or less mountainous, but with the perspective of a revolutionary innovator in his own way and for his institutional time, in his historic context. In the end, the object is to discover a little more the internal and external landscape that Jovellanos reflects in his writings: a product of past, present and perspective, unworn in many cases, even in the current millennium.*

**KEY WORDS:** *Jovellanos, Enlightenment, perspective, renewal, value, internal landscape, external landscape, education, ethno-landscape, ethno-linguistic, use of the Asturian language, vocabulary, toponimy.*

Recibido/received: 11/10/2017  
Aceptado/accepted: 26/10/2017

Pero ¿qué más ancho campo pueden descubrir, ni a cuánto mayor número de inducciones pueden dar lugar las inducciones etimológicas? [...]. Reflexione usted un momento si no sería posible descubrir por su medio el origen de tantos pueblos, de las artes, de los usos y costumbres primitivos, de cuanto merece más aprecio en las investigaciones históricas

(*Cartas a Ponz*)<sup>1</sup>

## 1. Planteamiento y objetivo: comenzando por las palabras

### 1.1. *El paisaje que nos transmiten la retina y la pluma de un viajero: el etnopaisaje, que diríamos con más rigor*

Hay muchas formas de conocer un país, una región, unos pueblos tantas veces relegados al silencio de sus montañas. Si se trata de varios siglos atrás, las dificultades serían incalculables: ¿cómo llegar a saber de la vida real, cotidiana, de unos pobladores reducidos a los espacios inmediatos en sus lugares de origen?; ¿o a sus valles apartados, siempre más o menos aislados unos de otros, sin más comunicaciones que unos precarios caminos?

¿Y de las reuniones ocasionales en días de ferias y mercados, días de fiestas y romerías, días de brañas y trashumancias...? Poco más se podría saber de los lugareños de las montañas, si no fuera por aquella mirada ocasional de alguien de paso: los impresionantes viajeros de unas regiones otras, de un país a su vecino, siempre más allá de lenguas, barreras y fronteras. Los viajeros pueden ser las retinas con las que nosotros caminemos hoy por los paisajes de entonces.

Por esto, para conocer la vida interior de unos pueblos, un par de siglos atrás, tan lejos de los sistemas de comunicación postindustriales, nada mejor que recurrir a los viajeros: esas figuras ocasionales que tuvieron el privilegio (o el coraje, el valor) de recorrer a pie, a caballo o en carruajes, los espacios, asturianos en este caso. Con muchos detalles, nos dejaron un legado tan importante en sus diarios, en sus cartas, en sus notas a mano, o en sus textos más amplios a veces.

Muchos paisajes serían posibles de reconstruir (en imagen, en papel o en digital), con las descripciones tan precisas de viajeros tan curiosos. Y esa fue la intención de Jovellanos, con su retina ilustrada:

¿Hay por ventura un medio más seguro de conocer bien los pueblos [...] que el de ir a los lugares mismos, y aplicar la observación a los objetos notables que se presentan? Pero ¡a cuán pocos de los que necesitan este conocimiento es dada la proporción de viajar para tomarle de los mismos! [...]. ¡Ojalá, exclamaba yo entonces, que hubiera una docena de hombres de provecho, que, corriendo con tan loable fin nuestras provincias, enriqueciesen al público con el fruto de sus trabajos!<sup>2</sup>.

1 JOVELLANOS, G. M. de., *Cartas del viaje de Asturias* (Cartas a Ponz), Oviedo, Ediciones KRK, 2003, p. 158.

2 JOVELLANOS, G. M. de., *Cartas del viaje de Asturias I*, edición de Caso González, J., Salinas, Ayalga, 1981, p. 56. Ver también, CASO GONZÁLEZ, J. M., *Biografía de Jovellanos*, Gijón, Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias. 2005.

Una lectura del paisaje, comenzando por las palabras. ¿Qué concepto de paisaje tendría Jovellanos? Pues tal vez, a juzgar por su afición a las raíces de las cosas y de las palabras, el más etimológico: el término *paisaje*, ya en su raíz léxica procede del latín *pagus* («territorio, campo, distrito, pueblo»); luego, *pagensis* («campesino, el que vive en la aldea»); de ahí pasó al francés *pays* (s. X, territorio rural, comarca, país, el campesinado), a través del italiano, *paese*; femenino, *payse*; en castellano, *país*<sup>3</sup>; *Diccionario de Autoridades*: «región, provincia, territorio»<sup>4</sup>.

Luego, se formó el francés *paysage* (1493, según Albert Dauzat)<sup>5</sup>, con el sentido de «perteneciente al campo». Y del francés se llegó al castellano *paisaje* (1708, Corominas): «la acción, el efecto del país»; *Diccionario de Autoridades* (1737): «pedazo de país en la pintura»; o *paisano* (el nativo del país); el *paisanaje* (el conjunto de los nativos del país); *payés*, *payesa* (campesino/-a), en otras lenguas. Sufijo, por tanto, *-aje*, lat. *-aticu* (acción, efecto de, conjunto, lugar de, pertenencia a...). De modo que, en su origen, *paisaje* viene a ser «la acción, el efecto del campo, del lugar en parte poblado, colonizado».

### 1.2. Cuando los campesinos occitanos tenían país pero no paisaje

Serían muy oportunas las palabras del francés Alain Roger<sup>6</sup> donde analiza el concepto de paisaje que tenían los campesinos del sur de Francia, siglos atrás, como lugar de los productos del terreno, y muy lejos de la visión estética de los urbanos; un concepto rural, natural, previo al concepto artístico, pictórico, moderno, y posmoderno, que se se extendió con el tiempo, y llegó al *millenium*:

La palabra paisaje —dice el autor citado— no existe en occitano (de hecho no aparece en la lengua francesa hasta finales del siglo XVI)... [y pone un diálogo con un campesino como ejemplo]: Louis, ¿cómo dices: es bello, este paisaje?... / por fin declara: «se dice, es un buen país»... El paisaje, para él —continúa Alain Roger—, para la gente, es el país... es un buen país: respuesta sorprendente y, en su coherencia, muy significativa, puesto que, por dos veces en cuatro palabras —bueno en lugar de bello y país en lugar de paisaje— elimina el punto de vista estético [...]. El campesino de Cuelco no es, en absoluto, algo excepcional, la idea de paisaje parece escapársele a los campesinos, que, más cercanos que cualquier otra persona al país, estarían tanto más alejados del paisaje<sup>7</sup>.

Como resultarían adecuadas las observaciones de Massimo Venturi<sup>8</sup> respecto a la necesidad de nuevas miradas sobre el paisaje, capaces de transformarlo creativamente con los parámetros de cada espacio y tiempos concretos: «los paisajes —dice este autor— son realidades vivientes en continua transformación: lugares de la totalidad de la existencia, proyectos del mundo humano, fuentes de creatividad y de modificaciones.

3 COROMINAS, Joan y PASCUAL, José, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid, Gredos, 1980. ERNOUT, A y MEILLET, A., *Dictionnaire etymologique de la langue latin*, París, 1967.

4 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1978, t. II, p. 80.

5 DAUZAT, A., DUVOIS, Jean y MITERRAND, Henri, *Nouveau Dictionnaire Étymologique et Historique*. París, VI, Librairie Larousse, 1971.

6 ROGER, Alain, *Breve tratado del paisaje*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2007, p. 30.

7 *Ibid.*

8 VENTURI FERRIOLO, Massimo: «Arte, paisaje y jardín en la construcción del lugar», en *El paisaje en la cultura contemporánea*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2008, p. 115.

El ser humano plasma la materia creando moradas donde recoge su historia y su cultura: construye paisajes caracterizados por la simultaneidad del presente y del pasado»<sup>9</sup>.

En este sentido, se diría que la voz ya castellana *país* se fue transformando en *paisaje* ya desde el siglo XVIII: en objeto de estudio, a medida que las sucesivas culturas lo fueron contemplando con sus diversos prismas racionalistas, estéticos, sentimentales, religiosos, creacionistas, naturalistas, románticos, regionales, etc.; y así fueron surgiendo los distintos paisajes sociales, pictóricos, musicales, fotográficos, nacionalistas, etc. Un proceso de *artealización* que continúa en hoy. En palabras de Joan Nogué:

Las cualidades y las virtudes que uno reconoce en la naturaleza son las que la contemplación ha descubierto y reconocido en él. No son atributos de la naturaleza, sino del sujeto contemplador [...]. Si el paisaje existe es por todo aquello que el escritor proyecta sobre él: sentimientos, imágenes, recuerdos, vivencias. Y no es una representación del paisaje, sino el medio a través del cual el escritor expresa y muestra su propia presencia imaginativa y formalizadora<sup>10</sup>.

O como decía Baudelaire (en cita del mismo autor<sup>11</sup>): «si el conjunto de árboles, de montañas, de aguas y de casas, que llamamos un paisaje, es bello, no es por sí mismo, sino por mí, por mi gracia propia, por la idea o el sentimiento que le dedico»<sup>12</sup>.

### 1.3. *El concepto ilustrado de Jovellanos: el país que sentían los nativos (el etnopaísaje) y el que sentía un viajero de paso*

Así, en principio, a juzgar por sus escritos, Jovellanos, en buena parte, más que por su aspecto estético, contemplaría el *paisaje* en este sentido más etnográfico (*etnolingüístico*, en rigor); sería algo así como «el territorio en el que vivían, y que fueron transformando y usando los nativos según sus circunstancias geográficas, sociales, usos consuetudinarios....». Y los campos, los valles, las montañas que él contempla en sus viajes con sus ojos ilustrados, en busca del progreso de los propios usuarios.

En este sentido, son muy claras las observaciones de Noelia García y Juan Díaz al analizar los viajes del asturiano (webgrafía, Jovellanos, etc.): «el interés por lo geográfico se percibe, sobre todo, en la anotación de la realidad económica del suelo español. Hay una visión filosófica del territorio, de los ríos, los montes y las tierras, de una naturaleza que interesa, no tanto por la visión estética del paisaje —propia del romanticismo—, sino por su contribución al progreso»<sup>13</sup>.

Pero también el ilustrado comenzaba a mirar el *país* (perspectiva ya moderna, *multióptica*) con sus deseos de renovación imprescindible para una vida asturiana más feliz y sostenible. Sus intereses por el léxico asturiano, por las palabras toponímicas, lo atestiguan, como veremos. Por eso, se diría que Jovellanos está en el punto de partida de esa conjunción de perspectivas en la evolución del concepto de paisaje: *del país, al paisaje, a los paisajes*.

9 *Ibid.*

10 NOGUÉ, Joan, *El paisaje en la cultura contemporánea*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2008, p. 152.

11 *Ibid.*

12 *Ibid.*

13 JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Los viajes por Asturias (1790-1810)*, introducción y selección de textos de Noelia García Díaz y Juan Díaz Álvarez, ALSA Grupo, SLU, en <http://miradasdesdeel-bus.alsa.es/wp-content/uploads/2012/01/ebook.DIARIO-DE-LOS-VIAJES.pdf>, 2010.

De ahí tantos empeños suyos por transformar la política social de la época, comenzando por las comunicaciones y los caminos. Como describe el geógrafo Benjamín Méndez, el paisaje asturiano en las montañas era muy boscoso, pero al tiempo estaba muy aprovechado por tantos lugareños sin otros medios de vida que lo que daba el suelo.

Todavía en el siglo XIX el monte cubría la mayor parte de la región —dice el geógrafo— Pero no era un monte entendible como bosque, sino un monte de usos múltiples, que tenía una función esencial en el sostenimiento de la comunidad campesina a la que pertenecía (bien una aldea, varias o una parroquia). Servía para suministrar leñas, cama y pasto para el ganado, cosechas suplementarias de cereal panificable, madera para construcción, etc.<sup>14</sup>.

Tal vez habría que recordar también las palabras de Nietzsche: «la historia es el presente», que bien podríamos traducir por «la historia es el paisaje en cada tiempo». Toda una sucesión de hechos sobre el país, que lo hacen ser como está en cada tiempo: unos, que se ven (los que están por encima), los naturales, a la vista; otros, que no se ven (que están por debajo), los vestigios enterrados, los cambios sociales, políticos, religiosos, etc. Todo está escrito en el paisaje, en cada uno de los presentes en cada siglo.

Se diría que hay un concepto jovellanista entre la razón y el sentimiento: desde el país hasta el paisaje. Por esto, al recorrer con el autor los mosaicos paisajísticos por los que nos va llevando en ideas y sentimientos, da la impresión de que Jovellanos avanza un paso importante desde aquella mirada ilustrada más austera, hacia otra perspectiva marcada en parte ya por los sentimientos y los sentidos, tan presentes en la novedad prerromántica. Desde un paisaje más bucólico, el racionalista se acerca, por ejemplo, al sentimiento místico.

En observación y cita de Jesús Menéndez Peláez —gran experto en Jovellanos—, bien nos recuerda sus actitudes paisajísticas: «¡Hombre!, si quieres ser venturoso contempla la naturaleza y acércate a ella; en ella está la fuente del escaso placer y felicidad que fueron dados a tu ser»<sup>15</sup>.

Como resume Peláez, Jovellanos huye a un tiempo de los extremos históricos: del clasicismo y del romanticismo; pero, de hecho, él une razón y sentimiento, en un sincretismo estético del sabio que da el paso hacia las nuevas tendencias democráticas del XIX, germen del liberalismo moderno (Caso, Canga, Piñán, Jovellanos...)<sup>16</sup>.

Y en opinión de Caso González —otro estudioso de la obra jovellanista—: «Jovellanos es, sin duda, uno de los escritores españoles con más capacidad receptiva para el paisaje. Por sus ojos entraba todo, y en todo se deleitaba su alma, unas veces con mero deleite sensorial, otras con una fruición intelectual más elevada»<sup>17</sup>.

#### **1.4. Los ilustrados no usan todavía la palabra paisaje**

Pero, el concepto de *paisaje* era otro entonces: de hecho, el mismo Jovellanos rehúye el término en sus escritos. Las observaciones de María Dolores Albiac (web-

14 MÉNDEZ, Benjamín, «Pueblos y paisajes», *Asturias*, ed. Mediterráneo, 1996, pp. 89-152.

15 MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús, «Contempla la naturaleza y aprovéchate de ella. A modo de prólogo», en Caso González, J. M., Canga Meana y B. Piñán, Carmen, *Jovellanos y la naturaleza*, Gijón, Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, 2006, p. 11 y ss.

16 *Ibid.*, p. 12.

17 *Ibid.*, p. 17.

grafía) son muy claras: en época de Jovellanos, los sucesivos parajes por los que podía pasar un viajero, con tantas incomodidades para el viaje, no favorecerían nada una visión idílica y placentera, como indicaría la palabra *paisaje* con el tiempo.

Los viajeros ilustrados —dice María Dolores— atravesaron espacios escarpados y peligrosos, tuvieron miedo y transmitieron su sensación de horror, en otros reconocieron la mimesis del *locus amoenus* y vieron reflejada la memoria de idilios literarios o pictóricos [...], pero la contemplación del paisaje no formaba parte de su objetivo del viaje. Sí podían experimentar sensaciones espirituales ante la grandeza de la creación y la obra de la naturaleza, pero el paisaje en el siglo XVIII aún no era una experiencia estética y emocional para los españoles. Ese es un descubrimiento tardío, propio del apogeo romántico y relacionado con la mejora de los medios de transporte y de las condiciones de seguridad y comodidad del viajero...<sup>18</sup>. Resulta evidente que los ilustrados al pedazo de territorio y de horizonte, a la parte de naturaleza real que miraban con los ojos, aún no lo denominaban paisaje; por lo demás, en la literatura ilustrada que conozco no he hallado ese término aplicado en su sentido moderno. Lo usual era ir al accidente concreto: la bahía, la cuesta, la sierra [...], lo más parecido a nuestro concepto que puedo anotar es *perspectiva* [...]. El uso de la voz *paisaje* para describir la parte de la naturaleza y del territorio que se ve, marcó, ya en el XIX, una diferencia importante en el punto de vista y en la percepción de lo visto por viajeros y escritores<sup>19</sup>.

Se diría que aparece una sensibilidad nueva, a partir del XVII: una metamorfosis del país en paisaje. Por esto, parece que Jovellanos fue un adelantado a la mirada de los parajes más allá del terruño y del país: uno de los primeros en contemplar las montañas también en lo que tienen de estético y positivo; no ya solo como lugares de vida dura para los nativos y campesinos. Vendrían a cuento las palabras de Alain Roger:

La transformación de la montaña en paisaje se produjo en el siglo XVIII [...]. Las primeras señales, discretas, de una sensibilidad nueva aparecen hacia finales del siglo XVII, con John Dennis y Mme. Sévigné. Pero, respecto a lo esencial, es decir, respecto a la mirada colectiva, la montaña sigue siendo un «país horrible». Esta fórmula se repite sin cesar en los relatos de los viajeros, impacientes por alejarse de estos «montes altivos». Sin duda hay quien se aventura en ellos, por necesidad, a veces por interés, la mineralogía, por ejemplo, pero nunca por placer estético [...]. Al alba de la Ilustración, la experiencia de la montaña sigue siendo igual de negativa<sup>20</sup>.

Sería Jovellanos uno de los primeros ilustrados en valorar la naturaleza en su cara buena y en la menos placentera: esa mezcla de naturaleza salvaje y de naturaleza cultivada, de que hablan y van pintando los artistas y poetas posteriores, poco a poco. Esa metamorfosis de *país* en *paisaje* por medio de algunos escritores más creativos y conocedores del territorio.

Muy oportunas serían también a esta incipiente pero innovadora perspectiva jovellanista, las palabras de Joan Nogué sobre aquella mirada dinámica de un paisaje, siempre cambiante en cada tiempo, según la perspectiva de quien mira: «el paisaje, por

18 ALBIAC, María Dolores, «El tacto de la razón. Jovellanos mirando al mar», en Ángeles Ezama y AA. VV. (coord.), *Aún aprendo. Estudios dedicados al profesor Leonardo Romero Tobar*, Clío y Calíope, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2012, p. 503 y ss.

19 *Ibid.*, p. 509.

20 ROGER, Alain, *op. cit.*, 2007, p. 94.

tanto —dice este autor—, puede interpretarse como un dinámico código de símbolos que nos habla de la cultura del pasado, de su presente y también de su futuro. La legibilidad semiótica del paisaje»<sup>21</sup>.

Aparece así la palabra *ilustrado*, *ilustración* en el vocabulario jovellanista: una perspectiva multidisciplinar. Por ello, da la impresión que el conocimiento proyectado por Jovellanos para el desarrollo de los pueblos parte de dos principios elementales: el conocimiento del dialecto asturiano como descripción verbal de las costumbres locales; y el descubrimiento de las etimologías en toponimia, como descripción topográfica del territorio habitado en cada paraje.

Con ellos (léxico, toponimia, etimologías), los estudiosos podrían llegar a descubrir, con toda firmeza, *la* historia social y la historia natural, el paisaje completo (el etnopaísaje) de un país, en esa labor interactiva y global, hoy tan de moda. De esta forma se podría producir con más eficacia lo que le pertenece a cada suelo y costumbres, por naturaleza, por historia local, y por simple ecología en el sentido de la palabra. Así dice el autor, en Carta a D. Francisco de Paula Caveda y Solares (1791):

Y ved aquí indicado el término a donde yo quiero que aspiremos, por medio de tan sencillos trabajos. Ellos nos deben conducir insensiblemente a la alta empresa de escribir algún día la historia de nuestra Provincia. El conocimiento de su dialecto y geografía serán por sí solos de gran auxilio [...]. ¿Y qué fruto no esperaremos de las investigaciones geográficas? Cuando conociéremos la raíz y dirección de nuestros montes, el origen y curso de nuestros ríos, la extensión y materia de nuestras vegas, ¿qué gran cimiento no habremos echado para el edificio de nuestra historia natural?<sup>22</sup>.

Continúa el autor ilustrado aclarando desde el principio la forma de que un país llegue a progresar, a partir de las bases del conocimiento por la educación inculcada a los más jóvenes, ya desde bien temprano: «y si el cielo, bendiciendo nuestros esfuerzos, hiciere salir de nuestro seno jóvenes aventajados en los estudios físicos y capaces de analizar y distinguir las tierras, las piedras, los fósiles y minerales que la naturaleza tiene encerrados en las entrañas de Asturias, ¿cuánta ilustración no podremos esperar para nuestra obra?»<sup>23</sup>.

### 1.5. Una lectura del paisaje por las palabras del terreno: los topónimos

Con esta misma perspectiva etnolingüística, a lo largo de sus viajes, en sus reflexiones sobre los paisajes que cruza, Jovellanos suele aludir a su explicación previa cuando hay lugar a ello: la *etimología*, la referencia inicial de la palabra, léxica o toponímica. Por ejemplo, explica algunos: «La Mesa, sin duda llamada así por alusión, pues es una grande y tendida llanura entre dos altos»<sup>24</sup>. «[...] subimos a Coañana —dice— (nótese que en este país *cuendia* y *cuandia* significa *escollo*, y de ahí Cuan-da, Cuaña, Cuenlla, Cuenga y Coañana)»<sup>25</sup>.

21 NOGUÉ, Joan, *op. cit.*, 2008, p. 10

22 MENÉNDEZ PELÁEZ, *Jovellanos y Asturias*, Gijón, Caja de Ahorros de Asturias, 1986, p. 154 y ss.

23 *Ibid.* p. 155.

24 JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *op. cit.*, 2010, p. 98.

25 *Ibid.*, p. 100.



En otras ocasiones, el léxico del viajero nos sirve para explicar numerosos topónimos, hoy a punto de perder su referencia cerealista, una vez que la planta desapareció del todo hasta de la memoria de los lugareños mayores: casi nadie recuerda ya, por ejemplo, el *panizu* en muchos concejos: «De Cornellana a Salas —dice Jovellanos— poco cultivo. Cría de mulas. De Salas a Tineo menos. Cría de ganado vacuno, centeno, mijo y panizo»<sup>26</sup>.

Y, ciertamente, abunda la palabra en toponimia asturiana, a veces en formas reinterpretadas por los lugareños a falta de explicación mejor y a su modo: *Las Panzaliegas*, *Las Panizaliegas*, *Panicieras*, *Paniceiros*, *Paniciri*... Pero con la prudencia sabia del ilustrado en esas etimologías. Otras veces, de forma consciente o no, Jovellanos relaciona situaciones que nos dan la clave para interpretar topónimos, con sus elucubraciones al azar, o en apariencia consideradas del todo inconexas; en este caso, por la naturaleza del suelo, la piedra, la roca, lugar fortificado en la roca [...]: «*Corias*; nos apeamos —dice el viejero—; la fachada que mira al camino, viniendo, acabada; de simple y magnífica vista [...]. Estupenda sacristía, como la del Escorial»<sup>27</sup>.

Y, ciertamente, las dos palabras podrían tener un mismo origen: la escoria, la piedra menuda, que se deshace fácilmente, y que abunda en este tipo de terrenos. En otras ocasiones, Jovellanos se acerca a las etimologías, siempre con la prudencia del sabio ilustrado: «Montes Ervasios o de Arbas, muy fértiles en hierba (¿si esta sería su etimología?) —duda Jovellanos»<sup>28</sup>.

Tal vez, no venga por ahí la referencia toponímica, pero con el dato de Jovellanos se aclara de una vez por todas la fonética del topónimo: *Arbas* y no \**Arbás*, lo mismo en Pajares que en el puerto Leitariegos de Cangas (nunca con tilde, ni aguda, entre los nativos). Un error que se generalizó en algunos mapas, enciclopedias, guías turísticas..., sin justificación alguna hasta entre los nativos más recientes de ambos concejos.

En otras ocasiones, el viajero recoge la tradición toponímica, pero a sabiendas de que no es él quién para mayores afirmaciones; solo recoge lo que escucha de la voz oral, que no entra a valorar: «el río llamado Reinazo —sobre Covadonga, describe Jovellanos—, por el nombre de las praderas que están en la cima donde nace y se sume, se le une, por su derecha, el de la Gusana; dicen que así llamado por los que manó después de la ruina de los moros»<sup>29</sup>.

Siempre con esa perspectiva económica rural, y de felicidad social, que va proyectando el ilustrado en todas sus obras, informes, apuntes, ensayos: el campo, el mar, los pueblos de montaña..., tienen un valor inmenso para él, pero no podrán conseguir la felicidad social, comunitaria, si no desarrollan su economía; si no promueven mejores comunicaciones a través de las montañas; si no producen más y mejor, si no exportan, si no se relacionan con otras regiones, más o menos vecinas o alejadas.

Sentimiento regional y razón, una vez más en la retina del viajero Jovellanos. La felicidad social solo se genera con las mejoras económicas, como explica a su interlocutor Ponz en el viaje de León a Asturias:

26 *Ibid.*, p. 220.

27 *Ibid.*, p. 221.

28 *Ibid.*, p. 232.

29 *Ibid.*, p. 238.

Figúrese usted concluidos los canales de Castilla y Campos en toda la extensión de su proyecto [...]; que en consecuencia se dividen sus fértiles territorios en suertes pequeñas; que estas suertes se pueblan de hombres y ganados; que se plantan, abonan y cultivan con esmero; que crecen con el producto las subsistencias, con las subsistencias los hombres y con los hombres el trabajo, la abundancia; la alegría y la felicidad<sup>30</sup>.

### **1.6. Comenzando su lectura de aquel país del XVIII por lo que también captan los sentidos**

En sus idas y venidas por los puertos entre las montañas y el mar, el ilustrado viajero detiene sus pasos ante las diversas sensaciones que se van sucediendo a uno y otro lado del camino, siempre con ese contraste que observa entre los campos castellanos más áridos y el verdor asturiano desde el Payares abajo.

Se diría que Jovellanos va leyendo los paisajes en contraste con el país que le vio nacer; siempre con la mirada de aquel otro más infantil que todos llevamos dentro (en expresión de Julio Llamazares). El viajero se fija en los aspectos con los que más disfruta y desea para su tierra natal y para la felicidad de los pueblos, en lo que tanto insiste. Por eso los pinta con los cinco sentidos:

- a) *Con la vista*, se va fijando en escenas paradisíacas diversas, y en detalles naturales mínimos a veces: «¡Qué escenas tan sublimes! ¡Qué montañas tan augustas! Todas se ven como unos enormes trozos derrumbados de las más altas. En las inferiores, el monte de Valgrande, poblado de hermosas hayas [...], donde la naturaleza es tan grande y vigorosa, todo contribuye a aumentar la sublimidad de las escenas»<sup>31</sup>. Y otros ejemplos: «[...] telas de araña, hermoeadas con el rocío, cada gota un brillante, redondo, igual, de vista encantadora. Marañas entre las árgomas [...]. ¡Cosa admirable! Hilos que atraviesan de un árbol a otro a gran distancia, que suben del suelo a las ramas sin tocar el tronco, que atraviesan un callejón. ¿Por dónde pasaron estas hilanderas y tejedoras, que sin trama ni urdimbre, sin lanzadera, peine ni enxullo tejen tan admirables obras?»<sup>32</sup>.
- b) *Con el oído*, cuando escucha la voz del paisaje sin falta de palabras: «era el crepúsculo de la tarde [...]; el canto de los ruiseñores, el ruido del agua, la sombra de los árboles [...]. ¡Oh naturaleza! ¡Oh deliciosa vida rústica! ¡Y que haya locos que prefieran otros espectáculos a estos, cuya sublime magnificencia está preparada por la sabia y generosa mano de la naturaleza!»<sup>33</sup>.
- c) *Con el gusto*, cuando piensa en los sabores de la tierra: «cuantos vienen a la romería [...]. Entonces sí que es ver [...] colocarse a la sombra de algún árbol frondoso a orilla de un río, de un arroyo o fuente cristalina para hacer sus comidas. La frugalidad y la alegría presiden a ellas. La leche, el queso, la manteca, las frutas verdes y secas, buen pan y buena sidra, son la materia ordinaria de estos banquetes, y los hacen tan regalados y sabrosos...»<sup>34</sup>. «Linares [Puerto La Mesa], cuatro leguas mortales, en que tardamos seis horas. Comida a la rústica: rica leche, manteca acabada de salir del zapico, cuayada, truchas fresquísimas de Teverga»<sup>35</sup>. «A Busdongo a la una. Se va a preparar la

30 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 32.

31 JOVELLANOS, G. M., *Diarios. III. Tomo LXXXV*. Ediciones Atlas, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956, p. 120 y ss.

32 CASO GONZÁLEZ, J. M., CANGA MEANA, B. y PIÑÁN, Carmen, *op. cit.*, 2006, p. 48.

33 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 34

34 *Ibid.*, p. 113.

35 JOVELLANOS, Gaspar Melchor de., *op. cit.*, 2010, p. 126.

- comida: hay olla, magras, truchas, huevos, leche, manteca y queso fresco, dulce y buenas ganas»<sup>36</sup>. «El pícaro del alquilador de la fatera nos perdió una tartera con una rica empanada de salmón, el pescado frito, etc.; acaso se lo comió (¡mal provecho le haga!)»<sup>37</sup>. «Refocilación en casa del cura, donde se bebieron algunas botellas»<sup>38</sup>.
- d) *Con el tacto*, cuando siente en la piel los avisos del viento que le informan del frío, de las lluvias, de las nieves, tantos lustros antes del hombre de la tele: «una gran lucha se ha advertido en todo este tiempo entre los vientos. El austro, soplando desde Castilla, parece que se esfuerza por doblar los montes; el nordeste, que viene por sobre las montañas bajas de al lado, le corta y le aleja, y uno a otro, alternativamente, se vencen y rinden y traen o el bueno o el mal tiempo, esto es, el sur aguas y en las alturas nieve, y el nordeste hielo, frío y serenidad. Ayer parece que se mezclaron y como que lucharon a brazo partido sobre nosotros»<sup>39</sup>.
- e) *Con los aromas*, el aprecio de las flores silvestres que animan la andadura por los caminos: «sitio admirable [...] [dice a su paso por Campomanes, tras bajar el Pajares] [...], el río [...] baja en cascada de la cima; atraviesa el camino; cae precipitado en la pendiente escarpada que cubren los prolongados vástagos de las zarzamoras, escaramujos, madresevas...»<sup>40</sup>.

A lo largo de sus cartas, sus diarios, se observa una repetición frecuente de la palabra *sublime* en la mirada y en la pluma del ilustrado; tal vez esta insistencia léxica lo convierta en un viajero moderno, como bien precisa Joan Nogué en sus estudios sobre la evolución del concepto histórico de *paisaje*: «la montaña, sagrada y venerada desde los albores de la humanidad, era un espacio temido y evitado a toda costa hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es solo entonces cuando se pone de moda como resultado de la aparición de una estética de lo grandioso, de lo sublime [...], e incluso de lo terrorífico (el movimiento romántico)»<sup>41</sup>.

### ***1.7. Muchos paisajes va describiendo Jovellanos, algunos muy transformados hoy: sirvan unos cuantos ejemplos***

En los sucesivos viajes por toda la geografía asturiana de oriente a occidente, la mirada de Jovellanos se va deteniendo en todo ese mosaico natural, ganadero, agrícola..., que va contemplando hasta la distancia misma que marcan las peñas. Por ejemplo, camino del Puerto de Piedrafita (Llanes), se fija en el paisaje pastoril colgado de las mayadas cimeras: «[...] a la izquierda montañas elevadísimas, ovejas pastando en la más alta cima, y como colgantes de ella, cabras, más abajo vacas; sus senderos estrechísimos; los pastores en algún pequeño rellano lejos de los rebaños»<sup>42</sup>.

Ya por el Puerto de Pajares, mucho debió impresionar al viajero el paisaje de las viñas, que él mismo contempló al paso por muchas zonas montañosas, donde este cultivo se creería imposible hoy, tan familiarizamos como estamos ya con las uvas y el vino que entra por León:

36 CASO GONZÁLEZ, J. M., CANGA MEANA, B. y PIÑÁN, Carmen, *op. cit.*, 2006, p. 164

37 JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *op. cit.*, 2010, p. 226.

38 *Ibid.*, p. 225.

39 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 26.

40 CASO GONZÁLEZ, J. M., CANGA MEANA, B. y PIÑÁN, Carmen, *op. cit.*, 2006, p. 156.

41 NOGUÉ, Joan, *El paisaje en la cultura contemporánea*, Madrid, editorial Biblioteca Nueva, 2008, p. 14.

42 CASO GONZÁLEZ, J. M., CANGA MEANA, B. y PIÑÁN, Carmen, *op. cit.*, 2006, p. 232.

Se ven por todas partes en este concejo [Lena] —dice Jovellanos— muchas parras silvestres en los setos, no solo a orillas del camino, sino en todos los de la ladera. En algunas partes, enlazándose con los alisos, fresnos y castaños, forman bellísimos festones, porque sus hojas toman por este tiempo diferentes colores, desde el amarillo hasta el sanguino: prueba clara de que hubo por estas laderas muchas viñas en lo antiguo. Aún se ven estas parras hacia el puerto, y señaladamente en Llanos de Somerón<sup>43</sup>.

La observación de Jovellanos, como en tantos otros casos, sigue documentada hoy mismo en la toponimia de las zonas por donde pasa: en el mismo Puente de los Fierros que cita, queda el barrio de La Parra, con sus parras de uvas asilvestradas por ambos lados de la carretera actual; y sobre La Parra, Las Viñas: zona de fincas sobre el río Fierros que desciende de los altos de Parana.

O el paisaje de las plantas, casi olvidadas hoy entre los asturianos más jóvenes, y que en el s. XVIII tenían un imprescindible uso agrícola, ganadero, a falta de cuerdas y cordeles más baratos y al alcance de la mayoría. Es el caso de los *bilortos*, o *bilortos* (*Clematis vitalba*), solo conocidos ya por los nativos de los pueblos, pero tiempo atrás de uso común entre niños y mayores:

Son también de admirar —dice el autor— los bilortos, que en grande abundancia se ven en esta tierra. Es una planta cuyos largos vástagos, a manera de sarmientos, trepan por los árboles, y al otoño se cubren de una especie de flores redondas, compuestas de una pelusa muy blanca, que hacen parecer los árboles como nevados y contrastan admirablemente con las parras y matas del camino<sup>44</sup>.

El paisaje de las tierras cultivadas en las pendientes más inclinadas de las montañas, caso del Pajares, sería, sobre todo, cerealista: escanda (el pan, que se dice aquí), el maíz: «alguna otra tierra se cultiva, y siempre cerca de los pueblos, como hemos dicho de Pajares [...] —continúa el autor—. En las vegas y faldas de las laderas se cultiva pan y maíz alternado...»<sup>45</sup> «...y algunas tierras de centeno»<sup>46</sup>.

O el mismo paisaje toponímico que nos deja el viajero en sus idas y venidas por los puertos de montaña: son nombres que él toma de sus interlocutores más privilegiados, a veces, muy distantes de los nativos, pero con gran interés etnográfico pues algunos ya desaparecieron hasta del mismo registro lugareño. Se perderían para siempre, si no fuera por las referencias jovellanistas, aunque nos los transmita el viajero castellanzados en parte: «Ballota, Buelles, Cameso, Coaña, la Collada, Flordacebo, Fresnedo, Fresneda, Jomezana, Lago, la Malveda, Nocedo, Pajares, Pancuyaredo, Posadorio, Riondo, Telledo, Vallado, Vega del Ciego, Veguellina, Zureda...»<sup>47</sup>.

En realidad, serían en el uso local de los lugareños: La Vatsota, Güetses, El Camisu (Fondiru y Cimiru), La Cotsá, Cuaña, Floracebos, Fresneo, Xomezana (de Riba y

43 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, V, tomo LXXXV, Madrid, ediciones Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, 1956, p. 125.

44 *Ibid.*

45 *Ibid.*

46 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, II, tomo LXXXV, ediciones Atlas, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1956, p. 70. Ver también CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio. «Paisaje verbal y paisaje geográfico de Lena, vistos por Jovellanos». En *Boletín Jovellanista*, n.º 11, 2012, pp. 71-110.

47 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 1956, p. 119 y ss.

de Baxo), El Chegu, La Malvea, El Nocú, Payares, Pancuyareo, El Posaúriu, Senrilla, Teyeo, Vachao, La Vega'l Ciigu, La Viguitsina, Zurea...<sup>48</sup>

**1.8. Como otros coetáneos suyos sobre paisaje ilustrado: Gregorio de Salas, Meléndez Valdés...**

Podríamos resumir los bucólicos paisajes que siente Jovellanos con las imágenes tan pictóricas que dibuja, por ejemplo, Gregorio de Salas, casi coetáneo suyo, en aquel precioso soneto del pastor en sus montes de pastoreo diario; otra mirada a su tierra extremeña, transformada en musical, también como novedad de los nuevos tiempos:

Suele el pastor que duerme prevenido  
despertar al ladrido de algún perro  
que sigue al fiero lobo por un cerro,  
animoso, tenaz, embravecido.  
Reconoce el ganado en el sonido  
del destemplado y rústico cencerro,  
y en limpia sartén de toscó hierro  
prepara el desayuno apetecido.  
Ordeña en tarros la abundante leche,  
forma después el queso delicioso,  
abre la red y suelta su ganado;  
y como allí no hay nadie que le aceche,  
templa el toscó rabel, y con reposo  
canta su amor alegre y sosegado.

Todo un minucioso comentario del texto podríamos hacer con el soneto, pintando un cuadro, un lienzo, de paisaje con todos sus elementos pastoriles. Y con todos los sentidos y sentimientos para percibirlo en su complejidad: sonidos, ruidos, sabores, aromas, suavidades, asperezas, amores... Muchas veces lo comentaron los alumnos, y otras tantas disfrutamos con ello.

Y hasta jugaron los más reacios a pintarlo con paciencia y gracia en la pantalla del *ordenata*. Porque los caminos literarios, casi siempre son de ida y vuelta: caminamos de los paisajes a los textos (creamos con palabras); pero también regresamos por los textos a los paisajes: imaginamos, reconstruimos con pinceles, damos color, vida natural, calor humano a los paisajes. Divertido juego didáctico, a medias entre unos cuantos: interactivo, que se dice ahora.

O aquellos otros versos de Juan Meléndez Valdés, también fundido con los paisajes de sus tiempos más ilustrados, pero con mirada renovada:

Suspende, mi caro amigo,  
tus pasos por un instante:  
no está la ermita distante,  
y apenas las cinco son.  
Ven a admirar bajo el toldo  
de aquellos verdes ramajes  
los pintorescos paisajes  
de esta encantada región.

48 CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio, *Diccionario etimológico de toponimia asturiana*, Oviedo, KRK Ediciones.

### **1.9. Los paisajes que nunca se perdieron en la mirada de aquellos viajeros pero que no todos tampoco entonces ya disfrutaban por igual**

En definitiva, con la mirada multidisciplinar de los viajeros, vamos reconstruyendo aquel paisaje asturiano posible siglos atrás: investigadores, técnicos mineros, industriales, comerciales, peregrinos, aventureros, a veces; ellos tuvieron el detalle de ponernos por escrito sus impresiones al paso por los pueblos, o en conversación directa con sus lugareños. No habría otra manera de llegar a la vida silenciosa o silenciada de una inmensa mayoría en la soledad marginada de sus montañas: los escritos y registros oficiales no se detienen en estos pormenores la mayoría de las veces.

El caso de Jovellanos es uno más, pero imprescindible para quienes, de alguna manera, seguimos sintiendo los problemas de los pueblos rurales en plena época de progresos industriales (comunicaciones por carreteras, autopistas, vías del tren, sistemas digitales muy diversos en estos tiempos virtuales).

Si Jovellanos volviera hoy a estas montañas, comprobaría que, a pesar de las mejoras relativas, falta mucho para completar su programa (los famosos problemas del AVE por el Güerna, son un ejemplo lamentable). Porque a los pueblos no llegaron ni llegan paralelos y al mismo ritmo esos progresos: ni los trenes más rápidos tienen terminales tras las barreras de las montañas; ni los alumnos rurales disponen de vías mejores tampoco, simplemente para hacer sus deberes digitales porque en casa no tienen cobertura; o es tan lenta que se desesperan en el intento (brecha digital, zonas negras, zonas sombrías..., que dicen los eufemismos tan disimulados).

### **1.10. Entre glocalización y globalización: camino siempre de ida y vuelta**

Aquella mirada ilustrada de Jovellanos sobre el paisaje resulta de impecable actualidad hoy mismo, cuando él ya proyectaba un desarrollo que solo sería posible si se parte de lo local para llegar a lo global; de los productos propios, para intercambiarlos con los ajenos. Y a la vez, a la inversa, si no se parte de las experiencias y modelos de otras regiones y países, para aplicar a los autóctonos. Y así consideraba él dos fortalezas, que se diría hoy, en términos más técnicos:

a) *La educación interior* (perspectiva glocal): mucha población, mucho terreno cultivado o cultivable, calidad local para exportar a otras regiones. Y en ese camino de ida y vuelta en las relaciones interregionales, las palabras de Jovellanos nos siguen sorprendiendo: hay que aplicar las soluciones que otros llevan aplicando con éxito más allá de nuestras reducidas montañas, comenzando por la educación:

a.1) cita el caso de los *vascos* con la educación social, comenzando por los nobles, y siguiendo por la enseñanza del pueblo en su conjunto (niños y niñas):

La educación de la nobleza es un artículo de grandísima importancia [...]. Un seminario, erigido sobre los mismos principios el que tiene a su cargo en Vergara la Sociedad Vascongada, llenaría del todo nuestros deseos [...]; un colegio, donde la abundancia e ilustración de los maestros, el método uniforme de la enseñanza [...], contribuyen considerablemente al aprovechamiento de los jóvenes<sup>49</sup>.

49 MENÉNDEZ PELÁEZ, *Jovellanos y Asturias* Gijón, Caja de Ahorros de Asturias, 1986, p. 103.

a.2) y cita el caso de los catalanes en el comercio local de otras regiones, que mejor aprovecharían los propios habitantes del país (gallegos, andaluces, asturianos...), sin que nadie viniera a comercializar por ellos:

Resultaría también, que pues los catalanes con su buena industria y comercio hallan utilidad en llevar a vender por toda España y aun fuera de ella la sardina que vienen a pescar y beneficiarse con gran trabajo y dispendio a las costas de Ayamonte y Galicia, también y aún mejor la hallaríamos nosotros pescando la sardina con menos riesgo en nuestros mares, beneficiándola a menos coste en nuestros puertos, y llevándola en nuestras naves a los puertos de consumo donde ellos concurren<sup>50</sup>.

b) *La comercialización exterior* (perspectiva global): agricultura, industria, comercio. Así observa Caso González esa progresión imprescindible entre lo más local y lo más universal posible:

creo que puede ser una de las lecciones de Jovellanos más interesante para nuestro mundo actual, el engarce de lo local con lo regional y de lo regional con lo nacional. Jovellanos jamás perdió de vista esta relación, y por ello no se detuvo en lo local o regional, ni sometió esto a lo nacional; supo ver siempre lo uno en función de lo otro<sup>51</sup>.

Y así se llegaría, como dice el autor del Informe sobre la Ley Agraria, al progreso en equilibrio entre la vida rural de los pueblos y la vida urbana:

[...] salgan nuestros labradores de los poblados a los campos, contraigan la sencillez é inocencia de costumbres que se respira en ellos [...]. Entonces los pequeños propietarios se colocarán cerca de ellos y participarán de su felicidad, y los nobles y poderosos, acercándose alguna vez a observarla, admiraran su candor, su pureza, y acaso suspirarán por ella en medio de los tumultuosos placeres de la vida ciudadana. Entonces la población del reino no estará sepultada en los anchos cementerios de las capitales. Distribuida con igualdad en las ciudades pequeñas, en las villas grandes, en los lugares y aldeas, en los campos, llevará consigo la industria y el comercio, repartirá más bien la riqueza y derramará por todas partes la abundancia y la prosperidad<sup>52</sup>.

### ***1.11. Y como resultado, la felicidad social por la comunicación y el trabajo vecinal: del paisaje exterior al paisaje interior ahora***

A modo de ejemplo para ese desarrollo rural, cita Jovellanos la condición más necesaria: el trabajo mancomunado, sea entre regiones o entre vecinos. Si se consigue una convivencia comunitaria, y un bienestar en cada vida familiar, se llegará a ese bienestar interior, objetivo último del ilustrado en numerosas ocasiones. Es decir, habría que lograr unas condiciones externas para ello:

a) *Las comunicaciones* (locales, regionales, interregionales, nacionales) serían, según Jovellanos, la solución coordinada al desarrollo de todas las regiones peninsulares, pero, sobre todo, aquellas que cuentan con mayores barreras geográficas para relacionar las costas del mar y la mesta Castellana:

50 *Ibid.*, p. 99.

51 *Ibid.*, p. 12.

52 JOVELLANOS S, G. M., *Informe de la Sociedad Económica de esta Corte al Real y Supremo Consejo de Castilla en el Expediente de Ley Agraria Extendido por su Individuo de Número el Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, Madrid, Imprenta de la Real Sociedad, año de M.DCC.XCV, p. 146 (webgrafía).

Ya le dije a usted [en carta Antonio Ponz] que este camino, cuyos puntos extremos son la ciudad de León y la villa de Gijón debía pasar por La Robla, y seguir casi la misma línea que acabo de describir [...]; se persuadirá fácilmente que ningún camino de cuantos se hayan construido y construyen en España ofrece mayores ni menos disputables ventajas a la agricultura, a la industria y al comercio de la nación<sup>53</sup>.

b) *El trabajo comunal*, en la perspectiva de Jovellanos, resultaba igualmente imprescindible para el desarrollo local; así lo atestigua, como vienen haciendo los lugareños, y lo resume en un par de palabras de uso costumbrista muy arraigado en los pueblos asturianos hasta estos mismos días. Es el caso de:

b.1) *domenicar*: es el término que define el autor como la relativa desocupación del domingo, que aprovechan los vecinos para acordar en comunidad las solución de los problemas surgidos durante la semana:

La primera es el verbo *domenicar* –explica Jovellanos- que en Asturias vale tanto como hablar o tratar de negocios [...] e intereses de la vida rústica; ¿quién no ve en ella a un pueblo inocente y ortodoxo, que después de haber trabajado sin distinción ni descanso toda la semana, se reúne el domingo en torno a su iglesia, y [...] arregla fraternalmente sus intereses y negocios<sup>54</sup>;

o b.2) *estaferia*: que viene a ser un complemento más en el abanico de costumbres comunitarias, imprescindibles en los pueblos rurales para solucionar en mutuo acuerdo los problemas de todos, que nadie, ni instituciones y señores, les iban a solucionar desde fuera; describe así la palabra y la costumbre:

La otra palabra es *estaferia* o *fostaferia*, que significa trabajo común y gratuito que hacen los labradores, reunidos por parroquias o lugares, ya en reparación de los caminos de su distrito, o ya en otro objeto de pro comunal [...]; el día de la semana [...], el viernes, o la feria sexta de cada una, y que de ahí le viene el nombre<sup>55</sup>.

## 2. El paisaje comunicativo y caminero: naturaleza y sociedad de un país. Las fuentes de información de Jovellanos: lo que ve y lo que le cuentan

Diversos textos literarios de Jovellanos (cartas de viaje, diarios, informes, memorias...) resultan muy prácticos si queremos reconstruir un poco aquel paisaje natural y social que contempló el autor por esos mediados del siglo XVIII y comienzos del XIX. Como era esperable de su perspectiva ilustrada, sus contactos con los pueblos por los que pasa son, sobre todo, a través de los nobles, las autoridades locales, las instituciones, en sus diversos usos lingüísticos regionales según las zonas por las que va de paso.

En consecuencia, el paisaje verbal que nos trasmite el ilustrado está más bien castellanizado; o en un asturiano que no se corresponde del todo con la zona regional, caso de la toponimia, por ejemplo, el léxico rural... Sus fuentes de información eran a veces allegados de diversas zonas regionales, pero no oriundos del pueblo; o el clero, los nobles, los terratenientes, que no usan a diario el asturiano de los campesinos. Él

53 JOVELLANOS S, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 60.

54 MENÉNDEZ PELÁEZ. *op. cit.*, 1986, p. 136.

55 *Ibid.*, p. 137.



mismo lo recuerda: «En Pajares a las diez [...], el día, clarísimo y fresco a la sombra; al mesón del Gallo. Visita al párroco: mozo; tres años que está aquí; teólogo; llámase don Francisco Blanco; es de junto a Grado»<sup>56</sup>.

Esta aparente contradicción entre su defensa del asturiano como lengua derivada de los romanos en Asturias, y sus usos castellanizados puede explicarse: Jovellanos es un admirador del léxico y la toponimia locales, pero no residió de continuo en su tierra nativa, siempre con cargos por diversas regiones y países europeos. Por ello, no tuvo tiempo de recoger personalmente de sus lugareños tantas palabras y nombres por los pajares que recorría en sus visitas ocasionales, siempre más o menos distanciadas por razones de trabajo y de cargos cortesanas. Solo tuvo proyectos a largo plazo, que no vio realizados en este caso como él quisiera.

Porque da la impresión de que Jovellanos caminaba con la vista tendida y reflexiva desde la cabalgadura de un caballo, mejor que en el coche sobre ruedas. Y, por eso, su medio de transporte por las montañas asturianas, sobre todo, será el caballo, que le permite acercarse por lugares que no le permitiría el carruaje, la diligencia:

Caminar en coche es ciertamente una cosa muy regalada, pero no muy a propósito para conocer un país. Además de que la celeridad de las marchas ofrece los objetos a la vista en una sucesión demasiado rápida para poderlos examinar [...]. Por otra parte, las conversaciones de cuatro personas embanastadas en un forlón [...]; el ruido fastidioso de las campanillas y el continuo clamoreo de mayores y zagales...<sup>57</sup>.

Pues así eran las carreteras: los caminos de las carretas, como dice la palabra. Por ello, una preocupación prioritaria en la perspectiva de Jovellanos fue, sin duda, el estado de las comunicaciones entre la región asturiana y la meseta castellana; o con las regiones vecinas y resto peninsular. Así, en las crónicas de sus viajes nos deja interesantes reflexiones sobre las dificultades sufridas por los caminos de aquellos tiempos a la hora de atravesar los puertos principales de montaña: Leitariegos, Somiedo, Teverga, Pajares, Piedrafita, San Isidro, Tarna, El Pontón...

No hay que olvidar que la palabra *carretero* no se registra hasta 1175 (Corominas), en principio aplicada al *camino* como adjetivo; y este autor no documenta la palabra *carretera* hasta finales del siglo XIII (Alfonso X el Sabio), cuando los caminos se irían haciendo más adecuados para los carros y las carretas, como indica la palabra. De ahí las descripciones que hace Jovellanos de los caminos de herradura y de arrieros, tan precarios a veces:

Lo menos tolerable [...] son al presente unas malísimas calzadas que se hallan principalmente desde Puente los Fierros, a que llaman en el país Pedreres, porque, sobre ser molestísimas, estrechas y pendientes, se hallan muy quebrantadas y deshechas, y los regodones de que fueron formadas al principio, sueltos y perdidos sobre el camino, ofrecen un embarazo inevitable y continuos y hacen muy difícil e incómodo el tránsito de toda especie de bagajes, siendo enteramente inaccesibles a las ruedas<sup>58</sup>.

56 JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *op. cit.*, 2010, p. 225.

57 JOVELLANOS, G. M., *Cartas del viaje de Asturias I*, edición de Caso González, J. Salinas, Ayalga, 1981, p. 65.

58 *Ibid.*, p. 58.

En otras ocasiones, los adjetivos son más claros si cabe: «*perverso* camino a Puente de los Fierros y el más difícil de ejecutar»<sup>59</sup>.

### **2.1. Aquellos viajes por los caminos carreteros: los de viajar a caballo, a veces**

Y así parece que Jovellanos usa el término *carretera* en sentido etimológico: el camino para las carretas, no para el coche de cuatro ruedas tirado por caballos entonces. Por ello, en tantas ocasiones, él mismo prefiere la cabalgadura del jinete a las incomodidades de aquellos precarios coches de su tiempo (la otra mirada subjetiva, emocional, del *país*): «Por esta bella carretera (que algunos pasan a caballo) se va un buen trecho con la pena sobre el sombrero, el río bajo los pies, la sorpresa en la imaginación y el susto en el pecho. El camino que sigue hasta el monasterio es bien malo, estrecho y pedregoso»<sup>60</sup>.

Los caminos eran, como lamenta Jovellanos en muchos parajes, malos entre otros adjetivos. Así va dejando sucesivas expresiones: «uno de los caminos más perversos de Asturias» (Parres); «mal camino; ya no andan carros, sino rastros sin ruedas» (Quirós); «pésimo camino; calzadas y barrancos; todo malo, pésimo, diabólico»<sup>61</sup> (Grado, Salas).

Y tantas expresiones que usa en las que describe cómo por la geografía asturiana, la mayor parte de las veces se tiene que desplazar a caballo, lo mismo al paso de los puertos que por los concejos más fonderos de las costas. Muchas expresiones en sus viajes: «[...] ensillar el caballo [...]; montamos a caballo [...]; salimos juntos a caballo [...]; malísimo paso de caballo [...]; comimos y montamos a caballo los dos [...]; otra vez a caballo [...]; ¡Que mal paso tiene el caballo! Por fin llegamos al anochecer a Oviedo»<sup>62</sup>.

Por ello, Jovellanos piensa, como solución, en unas comunicaciones bastante más rápidas y cómodas desde todos los puntos de Asturias, más o menos centrales o marginales, a oriente y a occidente. Pero, la más urgente para él es, sin duda, la del Pajares, la más central y directa a los centros regionales, sin olvidarse de los demás puertos de montaña:

La composición de los demás puertos de entradas y salidas a Castilla, Galicia y montañas de Santander, aunque menos esenciales que la carretera principal, debe ser también promovida por la Sociedad [...]; es preciso facilitarles por otra parte la salida más pronta de sus frutos sobrantes y la introducción de los que necesitan [...]. Los puertos que merecen más particular atención son los de Ventana, la Mesa, Leitariegos, Tarna y San Isidro<sup>63</sup>.

### **2.2. Comenzando, por tanto, por lo mejor de lo menos malo para los carros y las carretas: por el Pajares**

Muchos proyectos ilustrados debió dibujar en su retina Jovellanos, a pesar de que nunca hubiera llegado a contemplar alguno traducido a una verdadera carretera, con las

59 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, V, *op. cit.*, 1956, p. 119.

60 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2010, p. 119.

61 *Ibid.*, p. 119 y ss.

62 *Ibid.*

63 *Ibid.*

comodidades relativas de la época. Su proyecto por El Pajares fue el resultado de muchos tanteos para llevarlo a cabo por lo menos malo respecto a los concejos circundantes (Aller, Quirós...). O más al occidente aún, caso de la Mesa somedana.

Y se decide por el Pajares, en parte, por lo espectacular de los paisajes que se abren a uno y otro lado de la andadura, razón ya del sentimiento naturalista añadido. Por ejemplo, al llegar a los altos de Valgrande desde León, bien resalta el viajero las condiciones geográficas y paisajísticas, como refuerzo de su proyecto entusiasmado (otra vez la mirada moderna del viajero): Lo cierto es que –dice Jovellanos– un sitio tan señalado como este donde la naturaleza es tan grande y vigorosa, todo contribuye a aumentar la sublimidad de las escenas. El sol es aquí más brillante, los vientos más recios y impetuosos, las mudanzas del tiempo más súbitas, las lluvias más gruesas y abundantes, más penetrantes los hielos y todo participa de la misma grandeza<sup>64</sup>.

En esa doble perspectiva (externa, interna), el concejo de Lena resultaba el más central, aunque con muchas dificultades también. Es claro en este punto:

Después se baja al lugar de Pajares, venciendo la molestia del puerto a que da su nombre, el cual, aunque hartamente áspero y desacomodado por la incuria con que se ha mirado hasta ahora su importante camino, es sin embargo el más franco y suave de todo el Principado. Este puerto es el único de Asturias que queda transitable en el rigor del invierno, hallándose entonces todos los demás, como más altos y ásperos, cubiertos de nieve. Aun el de Pajares suele recibir tanta alguna vez, que no podría penetrarse, si no se hubiese establecido para estos casos el remedio de la espala, que se hace con gran cuidado por los vecinos del lugar, lográndose tan gran beneficio a costa de una ligerísima contribución arreglada por la Real Audiencia en 1953 y cobrada solamente desde San Miguel de setiembre a San Miguel de mayo<sup>65</sup>.

Hasta contemplar el gran mosaico de los *praos*, los trigales, las zarzadoras, las peñas jaspeadas..., del Pajares. Porque, con todo, en la retina de Jovellanos los caminos se dibujan sobre un paisaje natural de montaña que admira por su estado agreste y conservado: casi pictórico, romántico. Bajando por el Pajares dice:

Desde Pajares abajo «Va el camino faldeando los montes de la derecha; esta y la izquierda, toda llena de prados hasta la cumbre, caseríos y algunos sembrados de trigo y maíz. El río en lo profundo, pero bien aprovechadas las aguas de las vertientes para el riego por medio de canalejas. Sitio admirable [...], que cubren los prolongados vástagos de las zarzadoras, escaramujos, madre selvas, etc.»<sup>66</sup>.

Y un poco más abajo, entre curva y curva escribe: «De Pajares a Posadorio se puede hacer fácilmente el camino; de allí a acá, muy difícilmente: es inmenso el desnivel [...]. Pero todo es bello a una y otra parte, todo sublime, todo grande. Si se hace este camino será el encanto de los viajeros, singularmente de aquellos que sean dados a la contemplación de la Naturaleza»<sup>67</sup>.

64 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, III, *op. cit.*, 1956, p. 121.

65 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 57.

66 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, V, *op. cit.*, 1956, p. 119 y ss.

67 *Ibid.*

### 2.3. *Lo confirman otros viajeros, como Rafael M. Labra, aún años después, por el mismo puerto payariego*

Una vez realizado el proyecto de Jovellanos, Rafael M. de Labra, escribía su experiencia del paso por la carretera del puerto Pajares, ya inaugurada en 1829, y que nunca pudo recorrer su impulsor inicial. El viajero Rafael dibuja con claridad cuáles eran los viajes por carretera, cuando las carreteras solo eran para los carros y las carretas: con pedreras, barrizales, polvaredas, lluvias, tormentas, nieves..., difíciles de imaginar para los viajeros de hoy. Unas diligencias de película, pero en los montes de Lena. Dice así el autor<sup>68</sup>:

Pero ya estamos en el puerto —dice Rafael de Labra—, en el famoso puerto de Pajares —como si dijéramos, en el Mont Blanc de España— objeto de terror para tantos viajeros, materia de alabanza sin cuento para la generalidad de los asturianos, y para todos asunto digno de atención particularísima y detenido conocimiento. Mas, para el viajero, el puerto no es eso. Para él es tan solo la angostura que franquea la terrible y altísima muralla cantábrica, que se extiende por todo el Sur de Asturias en una línea tal vez de más de 3.000 kilómetros (contando las ondulaciones), y no ya todos los pasos de la montaña, si no precisamente los abiertos en las cumbres y los que llegan a tener cierta extensión... Pues bien, todo esto se contempla desde la carretera absolutamente lo mismo que desde un balcón. Y esto constituye una verdadera particularidad del puerto de Pajares. La diligencia rueda por espacio de dos horas, dando cien vueltas en un zigzag permanente, ante el cual es una insignificancia el conocido de Reinosa. Pues en todo este trayecto el viajero constantemente lleva a la derecha y a dos a tres varas de distancia el Cordal de Compañones, cortado a pico para hacer la caja de la carretera, y a la izquierda el pretil de ésta, de cuyo pie arranca la inmensa caída que va al valle. Es, pues, un extensísimo balcón que el viajero no abandona un solo momento. El puerto concluye en realidad en Puente de los Fierros, legua y media de bajada, en pendiente tan rápida, como que el desnivel entre lo alto del puerto y este último punto viene a ser de mil metros, que la diligencia recorre a galope y trote largo, magistralmente dirigida por el mayoral y sin más detención que una cortísima (no sé para qué) en Pajares, pueblo que se atraviesa como a la mitad de la bajada y del cual toma nombre la comarca.

### 2.4. *Los carreteros, y otros oficios y productos que conllevan los caminos*

El proyecto de esa carretera importante que diseñaba Jovellanos, llevaría consigo el progreso paralelo, muy novedoso para aquellos tiempos: oficios de arrieros, *ferreros*, madereros, trasportistas con bueyes y recuas diversas; ventas, ventorrillos, mesones, posadas y posaderos. Y, en consecuencia, la difusión ya más frecuente de la prensa, revistas periódicas, intercambio de productos con otras regiones, mercados locales, provinciales...

Todo ello por el trasiego diario de productos de intercambio entre Castilla y el mar: con la idea de Jovellanos, toda la meseta castellana exportaría sus productos directamente por los puertos de Gijón, al tiempo que ella misma recibiría otros necesarios, no solo asturianos, sino los que venían como ultramarinos de diversas naciones de América, del norte de Europa...

68 LABRA, Rafael M., de, *De Madrid a Oviedo* (notas de viaje), Aurelio J. Alaria (impresor), 1881, pp. 83 y ss.

Las utilidades que ofrece esta comunicación —escribe Jovellanos— son demasiado grandes y ciertas para que yo intente reducirlas a cálculo; pero cualquiera que conozca la fertilidad de Castilla en granos y vinos, y las pocas proporciones que tiene de extraer sus frutos [...], y cualquiera que reflexione cuánto ganaría Asturias en la introducción de sus ganados, pescados y frutos de que surte a ambas Castillas, y en llevar a ellas por medio de una comunicación libre y directa los frutos y géneros ultramarinos<sup>69</sup>.

### 2.5. *Las posadas, los posaderos*

En sus frecuentes viajes por aquellos caminos de pedreras (con morrillos y regodones —en expresión frecuente de Jovellanos—), el viajero describe a menudo las posadas por las que va pasando. Y nos deja, así, un paisaje de edificios y casas de comidas en su mayoría muy precarias, propias de rutas con poco tránsito, más bien locales, sin las exigencias debidas a viajeros llegados de tierras más lejanas. Solo a veces, como excepción, cita alguna un poco mejor: «En el lugar de Campomanes se halla muy decente posada, con cuyo auxilio y el de una muy cuidadosa y limpia asistencia que se logra a poca costa, empiezan a olvidarse las molestias de un viaje y de un camino penoso<sup>70</sup> [el de León a Oviedo, sobre 1765, por Pajares].

Y en otra ocasión matiza también algunas otras comodidades: «Me adelanto a pie hasta Campomanes. Mejor posada que la de arriba [la de Fierros]: más limpia, mejor y más aseada ropa; sala más capaz; mayor abrigo. Es en casa de Felipe; sin embargo, no falta que calafatear...»<sup>71</sup>.

### 2.6. *Posadas frías, con rendijas en las ventanas, con aberturas entre las tablas del tillado..., «malditas posadas»*

Pero en la mayoría de los casos, Jovellanos se queja de la precariedad que ofrecían posadas, ventas y mesones donde hacía noche: dice que son incómodas, sobre todo en invierno, con el viento más frío silbando entre ventanas y contraventanas tan mal ajustadas. Por ejemplo, dice de una, la casa de Ramírez, subiendo de Mieres a Puente de los Fierros: «Mala posada..., sin resguardo contra el frío ni limpieza. Noche incómoda»<sup>72</sup> (15 de noviembre).

Por eso, en su perspectiva ilustrada, Jovellanos siente la necesidad urgente de elaborar un proyecto de caminos que traiga el progreso de las comunicaciones a estos pueblos de montaña; unas relativas comodidades que sirvan a los viajeros de paso, y a las gentes de los pueblos para su desarrollo local.

Las posadas de Payares, por ejemplo:

Estábamos en Pajares el 15 [de noviembre] antes del mediodía... ¡Qué frío hace! Estas malditas posadas todas pecan de desabrigo. Escribimos con luz artificial, calefateamos las ventanas, hacemos cortinas de los capotes para tapar las rendijas, y nada basta. El tillado, que está sobre un portal abierto, no tiene barrotes, y entre tabla y tabla puede pasar una

69 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 60. Ver también: CIENFUEGOS, Francisco: *Jovellanos y la carretera de Castilla*, Gijón, Artes Gráficas, 1970.

70 *Ibid.*, p. 58.

71 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, V, *op. cit.*, 1956, p. 122.

72 *Ibid.*, p. 119.

nuez [...]. Es preciso formar un proyecto de mejorar las posadas interiormente... ¡Qué mayor caridad!<sup>73</sup>.

En otros puertos asturianos hacia la vertiente leonesa, Jovellanos describe las posadas entre incomodidades parecidas. Por ejemplo, en uno de sus viajes por el puerto de La Mesa (cordal de Somiedo-Teverga), entre Torrestío y Pravia, dice de la Ermita del Ángel que había en la braña:

Es solo para arriería y no tiene comodidad alguna. Ermita del Ángel, llena de pellejos de vino y camas de arrieros. Son edificios nuevos y están cubiertos de tablas de roble bien clavadas, no permitiendo los vientos otra techumbre. Están situados en la montaña que corre de la derecha del puerto de la Mesa. Comimos con gran incomodidad, aunque bien<sup>74</sup>.

En algunos casos, el viajero, al límite de las incomodidades, hasta se exaspera, y así describe la posada con adjetivos más impresionistas:

Puente de los Fierros: cruel posada; falta de todo [...] descúbrense las camas: la mejor es in-sufrible por asquerosa. Resuelvo pedir un par de colchones al cura, aunque vive en Buelles [...]: los envía muy buenos [...]; se pasa una buena noche, aunque la posada es sucia, desabrigrada y desprovista de todo<sup>75</sup>. Mala noche; la cama mal hecha; se hizo un precipicio y yo luché toda la noche por evitarle. ¡Qué pequeñas cosas labran nuestras fatigas!<sup>76</sup>

Con unas comidas siempre más llevaderas con el sabor local. Las comidas a que se refiere Jovellanos quedan descritas en los diversos viajes por los concejos que va pasando con objetivos diversos (Diario V), y aprecia el sabor que le permiten los lugares. Por ejemplo, cuando pasa por Teverga: «Comida a la rústica: rica leche, manteca acabada de salir del zapico, cuayada, truchas fresquísimas de Teverga»<sup>77</sup>.

O por Lena: «Allí [en Campomanes] tuvimos, entre otras cosas, regaladísimas truchas, buena leche y excelente fruta; y vea usted que nada nos faltó para hacer una cena bucólica de las más agradables de todo el viaje» (carta III, p. 58).

### 2.7. *El comercio bilateral con la meseta castellana y resto peninsular*

Por todo lo visto, el objetivo de Jovellanos para la mejora del paisaje caminero parece evidente: revolucionar la vida social de los pueblos asturianos entre las mismas costas del Cantábrico y las cumbres de las montañas; cambiar las costumbres, la forma de pensar, las comidas, la industria, la ciencia, la religión, las lecturas... Recibir novedades del otro lado de la cordillera: conectarse a otros países: «... y cualquiera que reflexione [...] se persuadirá fácilmente que ningún camino de cuantos se han construido y construyera en España ofrece mayores ni menos disputables ventajas a la agricultura, a la industria y al comercio de la nación»<sup>78</sup>. Y aún sigue precisando el viajero ilustrado:

73 *Ibidem*, p. 123.

74 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, III, *op. cit.*, 1956, p. 89.

75 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, V, *op. cit.*, 1956, p. 121 y ss.

76 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2010, p. 227.

77 JOVELLANOS, G. M., *Diarios*, III, *op. cit.*, 1956, p. 92.

78 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 60. Para más información de los caminos, ver CASTAÑÓN, Luciano: *Las comunicaciones entre Asturias y León*, Gijón, Caja de Ahorros de Asturias, 1980.

Un solo artículo... bastaría para estimular al gobierno a la conclusión de esta importante empresa, y es el atraer a León el beneficio y comercio de las lanas. Usted sabe que nuestras merinas, esquiladas en las destempladas faldas del Guadarrama, tienen que atravesar toda Castilla, desnudas y expuestas a perecer con cualquier alteración del tiempo, para buscar las montañas de León, donde deben pasar el verano. Abierta la carretera de Asturias, vería usted establecerse los esquileros en la vega misma de León<sup>79</sup>.

### 3. El paisaje costumbrista

#### 3.1. *Los vaqueiros de alzada, un ejemplo de insospechadas costumbres etnográficas: los niños de camino sobre los cuernos de las vacas*

Las observaciones de Jovellanos sobre la vida arriera de los vaqueiros llega a precisiones que nos siguen impresionando hoy: las malas comunicaciones las sufren en especial los vaqueiros de alzada en su trasiego estacional entre los verdes pastos invernales junto al mar (Luarca, Cudillero, Carreño...); y los pastizales más frescos entre las cimas de las montañas (Somiedo, Cangas, Tineo...).

Por esto, Jovellanos observa detalles insospechados en la costumbre vaqueira, como consecuencia de los malos caminos para tan largas caminatas con sus escasos enseres: precario ajuar de la cabaña, ganado menor, familia entera. Hay textos bien significativos sobre los usos a que se vieron obligados estos asturianos tan mal vistos a veces por clérigos, nobles y *xaldos*. Así relata el ilustrado aquel viaje de los niños entre los cuernos de las vacas durante la trashumancia de la alzada.

Esta costumbre sigue en la tradición oral de los mayores en los pueblos de montaña, lo mismo a uno que al otro lado de la cordillera Cantábrica. José Antonio Laborreta lo relataba en *Un país en la mochila*, cuando entrevistaba a una anciana de Tsaciana hace unos años.

Sobre las costumbres vaqueiras, describe Jovellanos en carta a Ponz una costumbre tan arriesgada como digna de estudio etnográfico, por su contenido humano, inimaginable hoy.

Vería usted que sobre las mullidas y entre los mismos cuernos de los bueyes y vacas, suelen ir colocados, no solo los muebles y cacharros, sino también los animales domésticos y hasta los niños, inhábiles para tanto largo camino. No conociendo el uso de los carros, ni permitiéndolos la aspereza de los lugares que habitan, ni la altura de los vericuetos que atraviesan, fian sus prendas más caras a la mansedumbre de aquellos animales que la providencia crió para íntimos compañeros del hombre, y en cuya índole dócil y laboriosa colocó la naturaleza el mejor símbolo de unión y felicidad doméstica<sup>80</sup>.

#### 3.2. *El aprecio del ilustrado, ante el desprestigio social del vaqueiro*

Otra preocupación de Jovellanos fue la investigación sin prejuicios de ciertas costumbres de las gentes asturianas, lejos de toda manipulación intencionada en desprestigiarlos por parte de ciertos sectores nobiliarios o eclesiásticos, sobre todo. Esas leyendas peyorativas habrían calado en el pueblo hasta el punto de creerlas y generalizarlas como ciertas. Era la rivalidad tradicional entre *xaldos* (habitantes de los pueblos) y *vaqueiros* (los trashumantes de alzada).

79 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 60.

80 *Ibid.*, p. 130.

Si yo hubiera de hablar a usted de los vaqueiros de alzada [...], según las ideas y tradiciones populares recibidas a cerca de ellos, o si pudiera conformarme con lo que el vulgo cree de su origen, carácter y costumbres, pudiera ciertamente hacerle una pintura muy nueva y agradable de estas notables gentes; pero no lograría fijar, como deseo, las opiniones que las ensalzan o envilecen. Tal suele ser la fuerza de todas las creencias populares<sup>81</sup>

Jovellanos, en consecuencia, intenta diluir la mala fama de los vaqueiros, atribuida a posibles orígenes fuera de la región asturiana; y se muestra firme en afirmar que ni proceden de los esclavos romanos fugitivos; ni de los esclavos moros rebeldes contra sus dueños medievales; ni de los fugitivos de la guerra de Granada cuando fueron expulsados, ni nada parecido<sup>82</sup>.

En la perspectiva de Jovellanos, la vida vaqueira es mucho más sencilla y geográfica en sus orígenes. Y lo afirma con tanta sencillez como rotundidad, frente a las teorías más generalizadas, motivadas, sobre todo, por la reticencia de los vaqueiros a contribuir con sus impuestos a las parroquias por donde se asentaban, o pasaban como arrieros o trashumantes. Para Jovellanos, son unos vecinos más, pero con residencia invernal (brañas de abajo); o estival (brañas de arriba), según la época del año:

*Vaqueiros de alzada* llaman aquí a los moradores de ciertos pueblos fundados sobre las montañas bajas y marítimas de este Principado, en los concejos que están en su ocaso, cerca del confín de Galicia. Llámense vaqueiros porque viven comúnmente de la cría de ganado vacuno; y de alzada, porque su asiento no es fijo, sino que alzan su morada y residencia, y emigran anualmente con sus familias y ganados a las montañas altas<sup>83</sup>.

### 3.3. Las romerías: los días señalados para la relación comunal

Las romerías populares forman parte de ese etnopaisaje que Jovellanos empieza a contemplar con otros ojos desde el conocimiento ilustrado; unas costumbres que solo se explican si se tiene en cuenta el propio pueblo: la relación de los nativos con su entorno natural, lingüístico, social, religioso...

Como buen ilustrado, Jovellanos es consciente de la dura vida de los pobladores en las montañas, entre otras cosas, porque la comunicabilidad entre unos y otros resulta escasa a lo largo del año: las pendientes de las laderas, los valles, los ríos, el clima, los caminos difíciles, la falta de medios de transporte que no sea a pie o a caballo; los prejuicios sociales, el trabajo diario..., no favorecen la relación entre jóvenes ni mayores con fluidez.

Solo el día de romería, unos y otros, tienen la oportunidad de comunicarse a su modo: amoríos, noviazgos, mercados, noticias, tratos diversos... Y así las define el ilustrado: «se puede decir que el pueblo no tiene en Asturias más diversiones que las romerías, llamadas así porque son unas pequeñas peregrinaciones que en días determinados y fes-

81 *Ibid.*, p. 126.

82 *Ibid.*, p. 136 y ss.

83 *Ibid.*, p. 126. Ver también: ACEBEDO Y HUELVES, Bernardo: *Los vaqueiros de alzada de Asturias*, Oviedo, Imprenta del Hospicio Provincial a cargo de Facundo Valdés. 1893. BARAGAÑO, Ramón. *Los vaqueiros de alzada*. Gijón, Ayalga Ediciones. 1977. GARCÍA MARTÍNEZ, Adolfo: *Los vaqueiros de alzada de Asturias*, Oviedo, Servicio de Publicaciones. Principado de Asturias, 1988. CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio, Adolfo GARCÍA MARTÍNEZ y MAYOR LÓPEZ, M., *Las brañas asturianas: un estudio etnográfico, etnobotánico y toponímico*, Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 2008.



tivos hace a los santuarios de la comarca, con motivo de la solemnidad del santo del titular que se celebra en ella»<sup>84</sup>.

Por ello, resalta Jovellanos un objetivo social prioritario en este tipo de verbenas y fiestas, a las que acuden ya desde la noche anterior los mozos y las mozas; pues las fiestas patronales son más bien entre la primavera y el otoño, por el verano arriba, con los días mayores, y con mejor tiempo esperable: «sobre todo, la gente moza echa en estos días el resto, y se adereza y engalana a las mil maravillas; porque ha de saber usted que suelen ser estas las únicas ocasiones en que se ven y se hablan los amantes, y aun en las que se suelen zurcir y apalabrar muchas bodas»<sup>85</sup>.

### 3.4. *Verbena, rezos, comidas familiares, danzas, ferias, mercado...*

Recuerda Jovellanos que, luego de la verbena y la noche, los vecinos se juntan a la mañana siguiente, unidos por la devoción al patrono o patrona, que les llena de fortaleza para todo el año: rezos, plegarias, ofrendas... Y continúa el objetivo de la romería en la negociación y el tráfico de productos:

Cada romería viene a ser una feria general, donde se venden ganados, ropas y alhajas, cifrándose en ella casi todo el comercio interior que se hace en este país fuera de los mercados semanales; y en ello gozan de un gran beneficio sus moradores, porque estando su población dispersa y dividida en pequeños caseríos, sería muy gravosa a la gente aldeana la necesidad de ocurrir a los pueblos agregados, que son muy pocos y distantes entre sí, para surtirse de los objetos de consumo que no se venden en sus comarcas. Reservan, pues, para el tiempo de las romerías el tráfico y surtimiento de sus necesidades, uniendo así la utilidad y el regocijo, que son los dos primeros objetos de la felicidad de un pueblo<sup>86</sup>.

Continúa Jovellanos observando que el paisaje festivo de un pueblo en su día grande, se va completando al mediodía con las comidas por familias a la sombra de algún árbol frondoso en pleno estío, a la orilla de un río, de una fuente... Como resumen de las comidas tan frugales y caseras de los comensales en mesa pobre, cita Jovellanos la estrofa de Fray Luis en la *Oda a la vida retirada*:

A mí una pobrecilla  
 mesa de amable paz bien abastada  
 me basta, y la vajilla  
 de fino oro labrada  
 sea de quien la mar no teme airada.

Pero hasta con griescas y garrotazos terminaban por norma las romerías. Observaba Jovellanos que, tras la comida, se acostumbran los bailes y danzas por la tarde, muchos coreados y en ruedas asidos de las manos, al modo de los antiguos pueblos de remotos tiempos primitivos (caso de la *danza prima*). Pero el paisaje amoroso de estas fiestas solía pintarse de otros colores también. Por ejemplo, las disputas de los mozos

84 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 111.

85 *Ibid.*, p. 112.

86 *Ibid.*, p. 113.

por las mozas, bien por defender las suyas del pueblo, bien por rivalizar con otros pretendientes por la misma causa.

Recuerdan todavía hoy muchos mayores asturianos que, si *nun había amarrazas* (engarradiellas, griesca), *nun había na...* —nos explica, con gracia tevergana, María en Gradura—. Y Jovellanos viene a decir lo mismo con otras palabras:

Como quiera que sea, estas danzas varoniles suelen rematar muchas veces en palos, única arma de que usa nuestro pueblo; y como nunca la sueltan, vería usted a todos los danzantes con su garrote al hombro, que sostienen con los dedos de la mano izquierda, libres los otros para enlazarse en rueda [...]. Sucede, pues, frecuentemente que, en medio de la danza, algún valentón caliente de cascos empieza a victorear a su lugar o su concejo. Los del concejo cofinante, y por lo común rival, victorean al suyo; crece la competencia y la gritería, y con la gritería la confusión; los menos valientes huyen; el más atrevido enarbola su palo; le descarga sobre quien mejor le parece, y al cabo se arma tal pelea de garrotazos, que pocas veces deja de correr sangre, y alguna se han experimentado más tristes consecuencias<sup>87</sup>.

Jovellanos justifica la costumbre de los palos como la menos mala entre otras armas más mortíferas, pues son propias de los pueblos más humildes, y signo de su condición humana. Cita para ello al filósofo ilustrado Adam Ferguson, que defiende la propensión del hombre a emplear sus fuerzas naturales, físicas y mentales, contra cualquier enemigo. Desde los mismos juegos infantiles a las fiestas y las guerras, pueden llegar hasta la muerte. Son pueblos rudos, laboriosos y frugales, por lo que son comprensibles.

### 3.5. *Relación social, unión de los pueblos, críticas, desahogos solapados...*

En resumen, Jovellanos saca unas conclusiones de las romerías: como ilustrado que valora el trabajo rural, y con los recursos a su alcance, defiende su espíritu festivo en las romerías, expresado también en sus coplas populares, como pacífica manifestación rebelde contra los abusos señoriales, que no pueden airear de otra manera ni en otros contextos:

- a) *Coplas de poetisas*: ciertas composiciones orales tienen un carácter lúdico y amoroso en boca femenina (las poetisas), sobre todo, con una intención crítica, irónica, satírica o laudatoria; van dirigidas hacia algunas personas a las que nunca nombran, pero que el oyente identifica con facilidad:

El que tien la muyer guapa  
cabo cas de los señores,  
más trabayu tien con ella  
que en cabar y fer borrones.

- b) *Estribillos y coros*: entre estas coplas se intercalan unos estribillos con alusión a amoríos, galanteos y ocupaciones de la vida rústica; están en boca de unas mozas más *gayasperas* al frente de coros que van repitiendo los mismos versos y compases al ritmo de las danzas, siempre de forma lenta, inocente, sensible, uniforme y acompañada; emocionantes según Jovellanos;

87 *Ibid.*, p. 115.

- c) *Espíritu de unión y júbilo festivo*: entre danzas, cantos, juegos, amoríos, intereses, tratos y contratos, bebidas o riñas..., el paisaje festivo rezuma unidad popular por todo el escenario de la fiesta; todos se animan por un día, hasta penetrar en los corazones más duros:

y se entra sin arbitrio en los más  
fríos y desprevenidos corazones.

- d) *El desahogo de los nativos entre tantos afanes del año*: no se deben censurar este tipo de diversiones —dice Jovellanos— pues solo suponen la ilusión de unos días veraniegos entre tantas penalidades y trabajos labriegos, tan mal recompensados de otras maneras; no suponen libertinaje ni corrupción alguna: «en otras partes se disponen a toda costa espectáculos suntuosos y magníficos para entretener a unos pueblos libres y corrompidos, y aquí ¿se privará a un pueblo inocente y laborioso de la única recreación que conoce y que es tan inocente y tan sencilla como su mismo carácter?»<sup>88</sup>.

### 3.6. *El horro: «con cielo pero sin suelo», otro espacio compartido, y con el pegollu de piedra si el suelo era privado*

Es sin duda el hórreo componente singular en el paisaje asturiano. Jovellanos dice que es único, aunque no es del todo así: hórreos, los hay en la región leonesa, gallega, los hay en Suiza..., de una u otra forma. Tal vez, los asturianos hayan impresionado más a Jovellanos por sus usos compartidos, de ahí que los considerara únicos. Sabido es que en Asturias, en principio, la mayoría de los hórreos son de origen comunal; «con cielo, pero sin suelo»; «con vuelo pero sin suelo» —que dicen en otras partes—.

Por esto, hay horros a *medias*, a *tercios*, a *cuartos*... El suelo era propiedad municipal, de forma que *baxo l'horro se cortexaba*, se podía acampar una noche, no se podía expulsar a ningún peregrino, o pobre de paso pidiendo limosna. Para demostrar que el terreno era particular, el dueño tenía que señalarlo poniendo un *pegollu*, por lo menos, de piedra. La mayoría compartían el suelo, por eso tienen todos los pegollos de madera: la propiedad es solo de uso, no del terreno *baxo l'horro* (en la expresión popular). Hoy, esta costumbre está en parte olvidada también, y el suelo de los horros (a veces con muchas artes y artimañas), privatizado sin más.

Con la explicación etimológica de Jovellanos, siempre divulgativa. Una vez más, el paisaje verbal en la óptica del viajero. La riqueza léxica y funcional de este tipo de granero impresiona a Jovellanos; en principio, porque en toda la construcción del edificio no aparece el hierro (no hay puntas ni tornillos, todo son tornos de madera), lo cual le hace suponer que se remonta a mucho antes de los romanos.

En definitiva, en el hórreo se concentran muchos aspectos y preguntas a las que solo se llegaría por las etimologías de las palabras, tal como insiste el Jovellanos: «Los nombres de los instrumentos y todo lo demás que se refiere al predio rústico y su cultivo dan a esta conjetura un alto grado de certidumbre: [...] el orrio, edificio que no conozco sino en Asturias»<sup>89</sup>.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 121.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 162.

El mismo nombre del hórreo lo da Jovellanos como de origen latino (aunque discutible hoy, por ser «cebada» también, indoeur. \*ghers-). Para Jovellanos viene directamente del latín *horreum* (granero, almacén), lo mismo que sus partes, las cuales va pormenorizando con sus etimologías probables en cada caso. Por ejemplo:

- a) los *pegollos*: pies derechos sobre los que se levanta el edificio (de *pegulus* o *pediculus*, «pie pequeño») —dice el autor—;
- b) los *trabes*: las cuatro vigas que enlazan ensambladas los pegollos y hacen el cuadro del horro;
- c) las *colondras*, las tablas de las paredes del hórreo, que da como probable de la raíz *columna*;
- d) los *liños*: las otras cuatro viguetas que cubren sus paredes de tabla, las colondras (lat. *lignum*, «leño»);
- e) la *talanquera* (o talambra, talamera, tenobia): tablón para acceder a la puerta del hórreo desde la escalera exenta (la subidoria), de forma que no puedan acceder los roedores al granero por ninguna cara del edificio; tal vez, de *thalamus* (lecho, camastro de la cabaña); o *tenobia*: supuesta del celta \**tannos* (roble, encina), según el DRAE (DIRAE.es).

### 3.7. El valor etnográfico del hórreo: casas y hórreos sin llave y para todo (granero, dormitorio, dispensa...)

Otros muchos aspectos del hórreo debieron impresionar a Jovellanos, por ejemplo la ausencia de cerradura que considera de introducción reciente, lo mismo que en las casas. Por este detalle, lo interpreta de origen antiguo:

La razón que para ello tengo es que hay todavía muchas casas de nuestros labradores sin llave alguna en sus puertas, y sin otra cerradura que una tortuga (o *tarabica*), o bien un pasador de madera, y aún me acuerdo de haber visto en poblado algunas casas humildes sin otra defensa. Pero la malicia humana creciendo, ha hecho necesarias no ya las llaves, sino los gruesos cerrojos y misteriosos candados<sup>90</sup>.

Y concluye de la importante función de los hórreos en una región tan húmeda y lluviosa como Asturias:

Dígame usted ahora si conoce sobre la tierra un edificio tan sencillo, tan barato y tan bien ideado; un edificio que sirva a un mismo tiempo de *granero*, *despensa*, *dormitorio*, *colmenar* y *palomar*, sin embargo de ser tan pequeño [...]; un edificio en que la forma la materia, la composición y descomposición, la firmeza, la movilidad [los hórreos son muebles, desmontables, no inmuebles] sean tan admirables como sus usos, y entonces me disculparé de que haya empleado en un objeto tan sencillo tantas reflexiones<sup>91</sup>.

Por esto, para Jovellanos, la idea de los hórreos es más primitiva, prerromana: los romanos solo perfeccionarían la construcción y designarían sus partes componentes;

90 *Ibid.*, p. 165.

91 *Ibid.*, p. 167.

desde una sencilla cabaña de ramas levantada sobre cuatro troncos para aislarla de la humedad del suelo, se llegaría a la construcción en tablas y ensamblajes que conocemos. Y, así, matiza el ilustrado: «es, pues, muy probable que su origen suba a una época en que no se conociese la arquitectura ni el uso del hierro, y que sus inventores hubiesen sido los primeros astures, o bien alguno de los muchos pueblos que se establecieron en su región»<sup>92</sup>.

#### 4. El paisaje verbal: etnolingüística, etnotoponimia, etnopaisaje...

Por todo lo visto, la mirada de Jovellanos sobre el paisaje tiene casi siempre el color de las palabras: observa, describe, valora..., pero siempre partiendo de las palabras (léxicas o toponímicas) que va recogiendo a su paso por los pueblos, no por casualidad —como se dijo más arriba— con la preferencia del caballo; es decir, sin las prisas y los ruidos de los carruajes.

Fue también en este punto Jovellanos un precursor de muchos etnolingüistas, americanos y europeos, con el tiempo. Porque con interés especial resuena en el ilustrado aquel método de la revista *Palabras y Cosas*, tan de moda a mediados del siglo XX, con las iniciativas de algunos lingüistas (Fritz Krüger, Gerhard Rohlfs, Noam Chomsky...); unos estudiosos de las lenguas, bastante más preocupados ya por la relación de las palabras con la vida de los nativos, que con la fonética o las grafías a secas, al uso tradicional.

Se diría, por tanto, que Jovellanos fue un lingüista precursor a su modo y en su tiempo, como veremos ahora; él camina sobre un paisaje que contempla con ese prisma etnográfico, para él fuente inagotable de tantas materias imbricadas. Ese estudio interdisciplinar, multicultural, cooperativo, que se *asoleya* ahora como gran novedad:

- a) perspectiva *etnolingüística*: estudio de la lengua (léxico, etimológico) en relación con los pobladores de una zona, de un territorio habitado desde milenios atrás;
- b) perspectiva *etnotoponímica*: estudio de las referencias remotas de los topónimos, como descripción de sus formas de vida, pensamientos, sentimientos..., motivados por el territorio que iban colonizando y transformando a la medida de sus necesidades vitales sobre el medio;
- c) perspectiva *etnopaisajística*: estudio del espacio organizado, que va mucho más allá de lo que en apariencia ahora es puro suelo, edificable, productivo, explotado, turístico, sin más.

##### 4.1. El dialecto asturiano, lengua romance, al lado del castellano: nunca su derivado

Con esta misma óptica etnográfica, tan localista como universal (glocal y global al tiempo), Jovellanos defiende ya la necesidad urgente de estudiar el llamado dialecto asturiano en el sentido de la lengua que trajeron los romanos a estas montañas asturleo-

92 *Ibid.*, p. 169. Ver también FRANKOWSKI, Eugeniusz: *Hórreos y palafitos de la Península Ibérica*, Madrid, Colegio Universitario, Itsmo, 1986.

neas; es decir, aclarando de una vez por todas, el sentido moderno de dialecto, al margen de las políticas lingüistas en cada caso.

Así, defiende la necesidad de estudiar la toponimia oral vigente en los pueblos, como la otra fuente de la historia al lado de los documentos escritos, las crónicas, los archivos... Como diría Nietzsche: «la historia es el presente»; o «la historia es el paisaje», «la historia es la lengua», «la toponimia es la historia» —que podríamos decir también. Y tantas otras parecidas—.

Con esa perspectiva etnográfica, Jovellanos usa el término *dialecto* como equivalente de lengua romance, es decir, dialecto heredado del latín, lo mismo que muchos otros dialectos coetáneos del siglo XIX en las distintas regiones peninsulares (los *dialectos históricos*, como se matizaron después, el castellano incluido, por supuesto):

Es solo de hacer ver que la lengua latina es, si no la primera, por lo menos la más abundante fuente del dialecto asturiano, y deducir de aquí una consecuencia muy importante, a saber, los romanos no solo dominaron en Asturias y no solo introdujeron allí *su lengua*, sino que de ellos aprendió aquel pueblo la agricultura y las artes domésticas. Es decir, que los antiguos tranmontanos se hallaban en estado de barbarie cuando los romanos se establecieron entre ellos<sup>93</sup>.

Un asturiano en los pueblos y en boca de lugareños. Se diría que Jovellanos valora el asturiano con las actitudes que demuestra. Sus proyectos sobre el diccionario geográfico, el léxico, las etimologías, etc., son un buen ejemplo de su amor por las palabras rurales, aunque tampoco pudo llevarlos a cabo, ni ver sus resultados. Sus intenciones están muy claras en sendos casos. En cita de Joaquín Bonet:

[...] la concurrencia de forasteros, y el uso más frecuente de la lengua castellana, han corrompido el dialecto popular, desterrando de él muchas voces, admitiendo muchas puramente castellanas, y alterando su pronunciación [...]. Era también preciso buscar los concejos interiores, y de menos trato y comercio con los pueblos agregados, residir en ellos despacio, oír, preguntar, escribir, comparar; y, en fin, hacer un estudio detenido y reflexivo de mi objeto<sup>94</sup>.

#### 4.2. *El léxico de los lugareños como parte del paisaje: los geopónicos (gr. geo-, pónos: «trabajo de la tierra»)*

Pero muchas palabras asturianas recoge Jovellanos para su proyecto del diccionario. Por ejemplo, las que él llama *geopónicos*: *allendar* (*lindiar*, *cuidar* el ganado en las fincas), *corte* (cuadra, establo), *cuchu* (abono de los animales para las tierras), *endecha* (trabajo en común), *escanda* (trigo candeal, trigo blanco), *fesoria* (azada del campo), *llosa* (tierra con sembrados colectivos), *reciella* (ganado menor, a menudo cuidado en común, en vecera, por veces), *sebe* (seto, cierre)...

Y otros muchos términos, siempre con el mismo objetivo didáctico, explicativo, por lo que añade su interpretación etimológica supuesta, en ocasiones. A modo de ejemplo<sup>95</sup>:

93 *Ibid.*, p. 162.

94 BONET, Joaquín A., *Asturias en el pensamiento de Jovellanos*, Oviedo, Imprenta La Cruz, 1947, p. 186. También GRACIA MENÉNDEZ, Ángela (2005), «La instrucción para la formación de un diccionario bable de Gaspar de Jovellanos dentro de la historiografía de la variación lingüística peninsular», *Boletín Jovellanista*, año VI, n.º 6 (pp. 113-127).

95 JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *op. Cit.*, 2010, p. 232.

- a) *sechorio*: «instrumento reducido a una gran cuchilla que hiende y corta la tierra hasta una tercia de profundidad...; *la secha*»;
- b) *triente*: «instrumento a manera de tenedor de hierro de cuatro dientes... (porque sin duda fue de tres en lo antiguo);
- c) *esfoyaza*: reunión por turnos en las casas por turnos donde «las mujeres desenvuelven las hojas, descubriendo el grano en la mazorca, separando las inútiles y dejando tres o cuatro, y los hombres tejen estas hojas unas con otras, formando *riestras* (ristras) de cuatro o cinco varas de largas»

Y tantas otras voces rurales definidas por Jovellanos, que van explicando las costumbres de los lugareños, tantas veces de obligado uso comunitario: no había otra forma de sobrevivir, sino en comunidad local.

#### **4.3. Las etimologías: ese paisaje exterior humanizado que late en el interior de los hablantes mucho más allá de sonidos y palabras**

Para Jovellanos, averiguar las raíces de las palabras, supone llegar hasta el sentido primero que tuvieron los nativos al dar nombre a cada cosa; supone tanto como descubrir la función de cada referencia (cosa, lugar, función...) descrita con un nombre, según la experimentaron quienes la vivieron y la usaron para algo. Es más, por las etimologías, a pesar de su descrédito —lamenta el mismo ilustrado— se llegaría a épocas remotas a donde no llegaron los testimonios escritos. Así dice de las etimologías:

pero ¿qué más ancho campo pueden descubrir, ni a cuánto mayor número de inducciones pueden dar lugar las inducciones etimológicas?... Reflexione usted un momento si no sería posible descubrir por su medio el origen de tantos pueblos, de las artes, de los usos y costumbres primitivos, de cuanto merece más aprecio en las investigaciones históricas<sup>96</sup>.

Y aún precisa de seguido la función de la etimología:

reflexione usted [...], si no podría fijar la edad de muchas épocas, determinar la posición de muchos pueblos e ilustrar así los dos ojos de la historia: la cronología y la geografía. Reflexione usted, en fin, si por este medio no se podría atinar con el principio de muchas opiniones y dar mucha luz a los anales de la filosofía y de la literatura<sup>97</sup>.

#### **4.4. La toponimia, la otra cara del paisaje remoto, traducida al presente cuando se conserva**

En el caso de la toponimia, Jovellanos destaca esa posibilidad de llegar a la vida de los pueblos que fueron fijando, construyendo, cada nombre, cultura tras cultura, milenio tras milenio. Un lenguaje del pasado para seguir entendiendo el presente en sus diversos aspectos: botánicos, geográficos, geológicos... (la *etnobotánica*, la *etnogeografía* de ahora).

96 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 158.

97 *Ibid.*

A modo de ejemplo, clasifica como *geográficos* y *geopónicos* (Joaquín A. Bonet<sup>98</sup>) nombres de lugar referidos al terreno, comenzando por los relativos a las plantas, en los que asocia de seguido su posible etimología: *Bedular* (de los abedules), *Castañado* (de los castaños), *Faedo* (de las hayas, los hayedos), *Felguera* (de los helechos), *Fortigueira* (de las ortigas), *Lloreda* (de los laureles), *Pruneda* (de los prunos, los nisos silvestres)...

Y, con el mismo objetivo de lectura sobre el paisaje local, Jovellanos sigue anotando, interpretando topónimos a su modo, referidos al aspecto geológico y morfológico del suelo: *Agüeria* (lugar de agua), *Belmonte* (monte bello), *Camplongo* (campo alargado), *Castiello* (lugar de un castillo), *Coviella* (lugar empozado), *Ferrera* (tierra de hierro), *Somiedo* (lugar de cimas), *Trevies* (tres vías, tres caminos, bifurcación), *Tudela* (tutela, lugar de protección). Y tantos otros.

#### 4.5. Por el camino de la etnotoponimia: del nombre al uso popular remoto

Con esa idea del paisaje toponímico como fuente de investigación histórica, Jovellanos precisa en carta a Ponz esa relación lingüística de las palabras del terreno con los pobladores que las necesitaron en un momento determinado de la historia, a la hora del poblamiento. Y así precisa:

estos nombres [geográficos] tenían alguna significación en la lengua de los que los pusieron. ¿Quién duda, pues, que el conocimiento de las antiguas lenguas nos ayudaría de una parte a descifrar la significación de esos nombres y de otra, que, por este descubrimiento podríamos conjeturar cuál o cuáles fueron los pueblos que los impusieron?<sup>99</sup>.

Y cita el autor, como ejemplos de estas raíces toponímicas, algunas con significado ya en remotos tiempos prerromanos: el río *Nalón*, el *Naredo*, el *Naranco*, el *Nora*..., de la raíz *Nar-*, *Nor-* con el significado de «agua corriente, río» —precisa Jovellanos—. Uniendo todas estas raíces y comparándolas con las mismas en otras lenguas se podría rastrear, según el autor, el conocimiento de los pueblos que las usaron.

Pero el proyecto toponímico de Jovellanos tampoco vio la luz a tiempo, y pronto fue creciendo aquella transformación y pérdida de tantos topónimos, con la castellanización inevitable desde un par de siglos atrás hasta estos mismos días. El mismo Jovellanos ya usa *Ballota*, *Flordacebo*, *Fresneda*, *Jomezana*, *Pajares*, *Nocedo*..., mientras los lugareños usaron siempre (y hasta hoy mismo), de forma inflexible, *Vatsota*, *Floracebos*, *Payares*, *Xomezana*, *Nocíu*... Las mismas vías del tren, los ferrocarriles, comenzaron por poner su rótulo castellano en casi todas las estaciones, salvo excepción.

#### 4.6. Ejemplo de aclaración de un topónimo. El río Fierros que pasa por Parana —precisa bien Jovellanos—: aclarando ambigüedades y errores arrastrados convertidos en oficiales

Esa idea de Jovellanos de estudiar el paisaje para llegar a la raíz documentada de las palabras, tuvo una aplicación inmediata: deshacer la etimología errónea de Puente de los Fierros, que por inercia se malinterpretó hasta en los documentos escritos, diciendo

98 BONET, Joaquín A., *Asturias en el pensamiento de Jovellanos*, Oviedo, Imprenta La Cruz, 1947, p. 140.

99 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 161.



que venía de los impuestos de un supuesto *portazgo*, por pasar un *punte de hierro*. Al leer a Jovellanos, la supuesta etimología más libresca, se desvanece por sí sola.

Ciertamente, nada más alejado el supuesto origen de Fierros de lo que ofrece el paisaje geográfico y geológico de un río con el mismo nombre, nacido en los altos de Tresconceyos, y que bien atestigua Jovellanos. Una zona de minas antiguas, aguas ferruginosas, fuentes de la *saluz* —así llamadas en la zona—, caso de *Ratatusín* (fuente *ferrata, de fierro*, manantial de coloración rojiza intensa), que fluye de los altos de estos cordales en torno a Parana.

Aclara Jovellanos en su *Diario V* que Fierros debe el nombre al río Fierros que desciende por Parana de los puertos altos de Tresconceyos:

A la salida del puente [en Las Puentes] entra por la derecha, en el río Valgrande, el de Fierros, que naciendo en el monte de este nombre, corre de Oriente-Poniente como dos leguas, pasando por Parana (por lo que le dan también este nombre), y entre Buelles y la Puente desemboca en el Valgrande y da nombre el lugar<sup>100</sup>.

En fin, el dato de Jovellanos deja claras dos cosas:

- a) que el origen del nombre de Fierros no está en el valle, sino en los altos, en el *Mayéu Fierros* (uso de los vaqueros de las brañas), a unos 1800 m de altura, y a unos 10 km de distancia de Puente de los Fierros (apreciación muy ajustada al camino a esas dos leguas que él calcula);
- b) que en ocasiones se generalizan etimologías erróneas por no haber pateado los lugares, como la palabra toponimia indica; la interpretación interesada del famoso «puente» supuesto para cobrar el *portazgo*, por algún documento manipulado en este caso; o tergiversado por intereses de investigadores poco rigurosos con el entorno; habría *punte* y *portazgo*, pero no son esos el origen del topónimo.

## 5. El paisaje social resultante: el punto de llegada del progreso

Como venimos observando, el objetivo final era para el ilustrado Jovellanos el progreso rural de los pueblos; y, en especial, los pueblos de montaña; un objetivo proyectado sobre aquel paisaje asturiano que él mismo recorría, incluso a caballo, o a pie, para entenderlo con más reflexión y calma. Así pone especial atención en unos puntos más urgentes de renovación.

Comenzando por los mayorazgos: una costumbre que ya habría que haber cambiado en su tiempo, como sostenía Jovellanos. Pues concluye el viajero de sus panorámicas paisajísticas, que el mayor obstáculo para el desarrollo de la agricultura y de los agricultores en Asturias radica en los poseedores: mayorazgos, monasterios, iglesias. Ellos disponen absolutamente de la concentración de las tierras: esos bienes se transmiten indivisos de una generación a la siguiente, de forma que solo benefician a unos pocos; ellos siguen aumentando sus posesiones en detrimento de quienes las trabajan, y que no ven a penas beneficio alguno libre para ellos y sus familias.

Jovellanos ve como solución la reforma de las leyes: si las tierras no se compran y se venden, no hay estímulos para su cultivo, y su mejor aprovechamiento por parte

100 JOVELLANOS, G. M., *Diarios, V, op. cit.*, 1981, p. 122.

del que compra o vende. El razonamiento es evidente: el que vende quiere emplear el dinero en algo que le rente más; y el que compra quiere sacar más rendimiento a la tierra de lo que empleó en comprarla. Los indianos venidos de América con dinero abundante rematan la situación perpetuando la situación de los terratenientes.

### **5.1. Porque las tierras también ganan en el trasiego de manos: terminar con los mayorazgos**

En la perspectiva de Jovellanos, con la transacción de las tierras siempre se están mejorando las producciones, porque ganan en el cambio de manos. En definitiva, porque los dueños no trabajan las tierras, no las cuidan, no invierten en conservarlas, como es de su obligación; y porque, en esta situación, los colonos no las van a reparar ellos a su cuenta, pues ya pagan suficiente con el arrendamiento. Unos por otros, dejan las fincas a su deterioro año tras año, hasta que se convierten en improductivas definitivamente:

Es verdad que aquí los propietarios no labran sus tierras, sino que las tienen dadas en arrendamiento; mas como sea de su cargo conservar y reparar, sucede que la pobreza y el descuido de los dueños tenga grande influencia en la prosperidad de la labranza; y tanto más, cuanto, dividida en suertes muy pequeñas [...], y de muchas y buenas cercas para la división y defensa de los varios frutos que se cultivan, no hay propietario que no se halle con frecuencia en la necesidad de rehacer o construir de nuevo muchas de estas fincas, ni colono que pueda conducir útilmente su cultivo, si no se las dan reparadas<sup>101</sup>.

La solución para el ilustrado sería terminar con los mayorazgos, un mal general de toda Asturias. No por casualidad —lo que son las paradojas—, hace unos meses que se acaba de leer una tesis doctoral con este mismo planteamiento para una nueva redistribución más rentable de las herencias familiares en zona rural (Jesús Lana Feito, *Jóvenes en Somiedo: ¿quedarse es una alternativa*, Universidad de Oviedo). En ella plantea el autor acordar el reparto de la herencia, lejos ya de la imposición del *mayorazu*.

Él mismo es consciente de las dificultades y contradicciones al uso: la misma nobleza monárquica lo dificulta, y él mismo es un noble. Reforma con muchos obstáculos, por tanto. Por esto, aboga por una solución intermedia: poner un límite a los mayorazgos de forma que fueran provechosos al pueblo y a la nobleza al tiempo. Sobre todo que no se pudieran ampliar indefinidamente mediante otras herencias y mejoras de tercio y quinto. Y que no se sigan creando nuevos mayorazgos, salvo excepciones por servicios notables a la nación.

### **5.2. Las manos muertas, una minoría noble, eclesiástica, monacal...**

Como se dijo, el objetivo de Jovellanos era, sin duda, la felicidad y la prosperidad pública, de todos los individuos del Estado: el bienestar de la colectividad por encima de los individuos. Pero ello no sería posible mientras las tierras siguieran al alcance solo de una minoría (las llamadas manos muertas), pues cuando aparecen tierras en venta solo ellos se pueden hacer con ellas. Y el sistema se perpetúa por inercia en detrimento de los menos hacendados.

101 Jovellanos, G. M., *op. cit.*, 2003, p. 86.

Por eso habría que terminar con esas leyes que permiten a unos pocos seguir acumulándolas progresivamente, cuando la iglesia las pone en venta, bien a través de la compra directa, bien mediante otros privilegios (donaciones, herencias): «Bastaría prevenir que cualquier reforma en materia de vinculaciones deberá empezar por aquí, porque si usted pone en circulación todas las tierras legas, y deja a las manos muertas la facultad de comprarlas y amortizarlas, ¿cuántas no se tragará este abismo insondable?»<sup>102</sup>.

Así eran las parcelas de la mayoría de propietarios menores. El otro paisaje de parcelas que contempla Jovellanos se dibuja como un mosaico de fincas particulares, de tan pequeñas dimensiones que no existen en el resto de las regiones peninsulares. Los padres acuerdan dejar la casería dividida para varios hijos con sus respectivas familias; esto es algo que, al principio, resultaba productivo, cuando había poca población, pocas posesiones particulares, y pocos colonos para cultivarlas. Pero cuando las divisiones y subdivisiones se fueron multiplicando al tiempo que aumentaba la población, la pobreza empezó a generalizarse: «Yo he visto dividida en cinco una casería que no muchos años antes estuviera destinada a un solo labrador. Esto ha hecho muy miserable la suerte de no pocos colonos, porque todo el afán de un año no basta para dar a una familia subsistencia cómoda ni segura»<sup>103</sup>.

### ***5.3. Ni tan grandes posesiones en manos de tan pocos, ni tantas divisiones en manos de tantos otros, de los más***

En definitiva, la excesiva subdivisión en parcelas individuales es, según Jovellanos, la causa de la pobreza del agricultor: si un año la cosecha es pequeña por el clima u otras circunstancias, supone una ruina para toda la familia. De ahí el abandono de estas pequeñas fincas y la necesidad de emigrar, pues los jóvenes no tienen otro lugar donde trabajar. Por ello propone una ley que limite tantas subdivisiones: «Yo no apetezco la intervención de la ley donde el interés pueda hacer su oficio [...]. Pero mientras ellas sean las directoras de propietarios y colonos para todo, yo quiero una para detener la funesta subdivisión de suertes en Asturias, así como quisiera otra para animar la división de los inmensos cortijos de Andalucía»<sup>104</sup>.

No obstante, según Jovellanos, la relación entre señores y colonos, arrendatarios, es buena:

El día de año nuevo u otro inmediato concurren a casa del propietario todos los caseros con sus mujeres e hijos. Cada familia lleva un regalito de aves, huevos o fruta, como en reconocimiento del señorío y protección en que vive. Este día se destina particularmente al arreglo de los negocios e intereses de los renteros entre sí y con el señor, y en él se trata de mejoras, reparos, aumentos, divisiones de las caserías, ajuste de cuentas, y avenencia de discordias y encuentros entre vecinos y confinantes, y en fin de los intereses recíprocos de dueños y colonos<sup>105</sup>.

Una extensa toponimia de parcelas, cada una con su nombre por toda la geografía asturiana, lo que atestigüa la cantidad de propietarios menores en torno a cada pueblo:

102 *Ibid.*, p. 88.

103 *Ibid.*, p. 91.

104 *Ibid.*, p. 93.

105 *Ibid.*, p. 97.

- a) *las erías*: las eras de los cereales (escanda, sobre todo);
- b) *las cortinas*: los lugares cercados junto a los pueblos para vigilarlos mejor y protegerlos del ganado (cereales, también);
- c) *las morteras*: las zonas comunales que suele tener cada pueblo, con derecho de cada vecino que viva en él durante un tiempo marcado por el uso consuetudinario en cada caso concreto; sembrados y pastos, según costumbre en cada zona.
- d) *las tablas y tablaos*: las parcelas alargadas como tablas, con sus mosaicos combinados según la estación del año.

#### 5.4. *La industria: el desarrollo local como solución a la sangría migratoria*

Para Jovellanos, toda esta situación de atraso agrícola en Asturias se debe a falta de conocimiento agrícola para los trabajos: se precisarían máquinas, instrumentos adecuados, luces, comercios, empresas, iniciativas... Ello trae consigo todo lo demás: pereza en unos; y en otros, falta de estímulos, ignorancia y repulsa de todo lo que suene a nuevo... Con la industria llegaría el progreso y el conocimiento, y ésa sería la labor de la ilustración: ella atraería capitales y se convertiría en el primer manantial de prosperidad.

Estas cosas [...] las digo únicamente porque me duele mucho ver tantas ventajas desconocidas, tantas proporciones malogradas, y tantos bienes miserablemente menospreciados y perdidos. Esta superabundancia de población de que he hablado a usted clama por el establecimiento de muchos nuevos ramos de industria; no ya para buscar la riqueza que es efecto suyo sino para fijar tanto número de familias sobrantes y desacomodadas como produce esta provincia aplicada y laboriosa<sup>106</sup>.

Así tuvo lugar la emigración constante fuera del terruño. El problema de los asturianos para Jovellanos es que, como población sobrante, tienen que salir fuera a buscar trabajo de temporada (la siega, la trilla de Castilla); o más a largo plazo, en otras regiones más alejadas; pero siempre están pensado en regresar a su tierra para disfrutar de la fortuna cosechada fuera, y mantener la familia que se quedó en la casa.

Eso es un valor que prestigia su condición de buenos ciudadanos: los que vienen con más ahorros van comprando alguna tierra y algún ganado para empezar con una nueva casería familiar. Y, así, el desarrollo de la industria terminaría con esta emigración: «Que se erijan nuevas fábricas en que se puedan emplear y ganar su subsistencia; que se aumente por este medio el tráfico interior, la marina mercantil, el comercio activo; que se ofrezca ocupación a tantas manos como la pidan y necesitan: verá usted cesar las emigraciones por sí mismas»<sup>107</sup>.

Pero con el buen ejemplo de la loza, los lienzos, las minas... Como ejemplo de las industrias que se van desarrollando en Asturias, cita Jovellanos las de loza, con piezas y colores muy variados; los lienzos, con panas, colchas y géneros para muchos usos; el cálabo o ámbar: mineral tan rebuscado y caro en otros países y tan menospreciado en Asturias, que se usa en farmacia y en diversos componentes industriales, y que se podría exportar con buen éxito; o las botellas, con tantos destinos y modelos.

106 *Ibid.*, p. 105.

107 *Ibid.*, p. 108.

Todos estos ejemplos son la prueba de las nuevas iniciativas y la puesta en práctica de este renovado espíritu emprendedor e industrial. Ello supondría el primer paso en una evolución social tan deseada:

Quando mis paisanos tengan matemáticos, físicos, químicos, mineralogistas y dibujantes; cuando sepan alcanzar del Gobierno los auxilios que nunca niega a los que le buscan con justicia y oportunidad, entonces tendrán fábricas y artefactos, podrán empleare en ellos un doble número de familias y la población y la riqueza crecerán como la espuma; pero mientras falten tales auxilios, los progresos serán muy perezosos<sup>108</sup>.

## 6. Aquella mirada jovellanista vigente hasta en pleno *millenium digital*

Como se ve, tal vez aquella óptica ilustrada sea en parte la misma que hoy revolotea en algunas redes sociales, en estos tiempos de cambios y esperanzas para unos pueblos rurales, tan rodeados de matorral y soledades; y cercados por lobeznos y *xabalinos* hasta los mismos bordes urbanos (los accidentes de tráfico por la fauna salvaje, se están volviendo otro problema a solucionar).

Porque aquel rico mosaico agrícola y ganadero asturiano que pintaba Jovellanos, con tantos milenios detrás, puede quedar del todo desdibujado, convertido en masa uniforme, al acecho del fuego más devastador (imágenes impactantes, tantas veces, a la espera de solución). Y, entre el tupido matorral, hasta sin nombres va quedando cada palmo de terreno, como llegó diseñado verbalmente al siglo XX.

Mientras tanto, aquel espacio, antes impecable y productivo, como observa Jovellanos, podría ser de nuevo roturado, diseñado para nuevos productos, por muchos jóvenes con las nuevas *ferramientas* del *dosmil*. Muchas webs y blogs con estos objetivos ya se discuten en la red, y hasta le gustaría contemplarlos al mismo autor asturiano en estos foros y redes, que hasta le darían la razón. Hay muchos proyectos suyos por encima de los tiempos, aún sin estrenar.

Hasta un revolucionario pacifista se diría hoy el ilustrado, que defendería también millones de euros mejor dedicados a iniciativas rurales (vías, carreteras, autopistas digitales...), que a quimeras y guerras. Es muy claro el autor en las palabras:

¿Quiere usted después industria, comercio, opulencia? No tiene más que abrir avenidas al mar de Asturias y Cantabria, y verá usted que Castilla es otra vez el emporio de España [...]. Dedicuemos a conquistar nuestras provincias lo que gastamos en invadir las ajenas, y verá usted vencido este imposible. ¡Cuándo apreciaremos la paz en lo que vale! ¡Cuándo aborreceremos la guerra tanto como merece!<sup>109</sup>.

## 7. En resumen: una perspectiva ilustrada desde el país hacia el paisaje más allá del siglo XVIII y de unas reducidas montañas

- a) *Una puesta en valor del territorio local*: se diría que Jovellanos busca *in situ* un equilibrio entre la conservación, la transformación y el desarrollo local, pero con proyección interregional mucho más allá de unas escarpadas montañas asturianas, comenzando por las comunicaciones. Pues *en medio siempre está la virtud* —como apunta el profesor Peláez—.

108 *Ibid.*, p. 110.

109 CASO GONZÁLEZ, J. M., CANGA MEANA, B. y PIÑÁN, Carmen, *op. cit.*, p. 32.

- b) *Una finalidad educativa*: toda su actividad literaria (diarios, ensayos, poesía, dramas...) tiene para el ilustrado un objetivo didáctico, moral, educativo de jóvenes y mayores, hasta conseguir el destierro de la ignorancia, la reforma de las costumbres, la felicidad y prosperidad del país, que él tanto recuerda.
- c) *Una lectura del paisaje verbal asturiano: la cara del presente que resume el pasado, a través de la lengua del país*. Jovellanos es muy claro en este punto: por las raíces de las palabras, las de la lengua y las del terreno habitado, vamos descubriendo la historia de cada poblamiento hoy. La lengua (cualquier lengua) como fuente de conocimiento multidisciplinar: léxico, toponimia, vestigios históricos, poblamientos prerromanos, etimologías..., como documentos complementarios allí donde no se encuentra otros materiales, ni textos escritos, para seguir investigando.
- d) *Etnografía, etnolingüística, etnopaisaje*: Jovellanos supone el paso de un concepto de paisaje estático, pegado a la realidad del país (el territorio asturiano), hacia un concepto dinámico (creativo, imaginativo, en evolución constante), siempre sobre la realidad de sus habitantes, de sus montañas, de sus costumbres solidarias. Serán las autoridades quienes impulsen las reformas, pero para que los nativos las continúen desde dentro. Un paisaje moderno, sobre un país con muchos milenios detrás. Un *etnopaisaje*, en definitiva.
- e) *País, paisaje y paisajes*. Mirada antigua, mirada moderna y posmoderna: el territorio, la perspectiva y las perspectivas de futuro.
- f) *Hasta construir ese paisaje interior de cada uno*, como hizo Jovellanos en sus viajes.

A veces, un paisaje de tristeza:

—¿Como?...

—Está usted hecho embajador de Rusia.

—Hombre, me da usted un pistoletazo ... ¡Yo, a Rusia! ¡Oh, mi Dios!...

Baltasar confirma la triste noticia...; varias cartas, entre ellas, el nombramiento de oficio. Cuanto más lo pienso más crece mi desolación. Me despiden el abad de Teverga y Pernerúes... Me reciben diputados de la villa, clero, comisario [...]. Llanos y mil gentes; muchos alumnos; después, todos; al fin, mucho pueblo; artillería, cohetes, vivas, general alegría. Yo solo lloro de pena de dejar un pueblo que me ama y de gozo de ser amado<sup>110</sup>.

Otras veces, un paisaje para alegría interna:

«[...] estrechísima garganta abierta en peña viva [...]. ¡Si viera usted qué sublimes son por su forma y su altura las dos enormes rocas de cuarzo [...], la altísima cumbre que se ve de una parte, y el profundo despeñadero hasta el río que va por lo más hondo de la otra, llenan de horror y susto a las personas poco acostumbradas [...]! Pero ¡cuán al contrario al curioso contemplador de la naturaleza! Aquellas elevadísimas rocas [...] llenan el espíritu de ideas sublimes y profundas, le ensanchan, le engrandecen y le arrebatan a la contemplación de las maravillas...<sup>111</sup>.

110 JOVELLANOS, G. M., *op. cit.*, 1981, pp. 104 y ss.

111 *Ibid.*

En fin, Jovellanos —creo— nos ofrece una lectura de cartas y diarios como viajero que contempla a pie y a caballo su paisaje asturiano, pero con el prisma, la lupa, la óptica de un ilustrado renovador y revolucionario a su modo: no por casualidad terminó entre las rejas de un castillo bien fortificado, ya al final de sus ilusionadas reformas.

Tal vez, podríamos terminar aquella mirada tan autóctona como universal, moderna y posmoderna, del sabio ilustrado, con las palabras de Joaquín Araújo:

Soy paisaje [...]. Lo que pienso y siento, lo que escribo y pronuncio es la herencia que confío legar. Porque aspiro a ser paisaje. En el legado [...], figuran muchas palabras escritas y pronunciadas con pasión [...]. Acepté ser paisaje vivo con todas las consecuencias [...]. Yo me considero un elegido por los paisajes. Los derredores me llamaron y yo acudí. Y al hacerlo acudí a mí mismo. Algo que de alguna forma entronca con el ideal de Píndaro de *«llegar a ser lo que somos»*.

REAL  
INSTITUTO  
DE ESTUDIOS  
ASTURIANOS



GOBIERNO DEL  
PRINCIPADO DE ASTURIAS

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Y CULTURA



**CSIC**

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE  
CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES (CECEL)

ISSN 0020-384X



9 7700201384008



00189